

ILUSTRACION ARTÍSTICA

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR NOTABLES ESCRITORES NACIONALES COMO

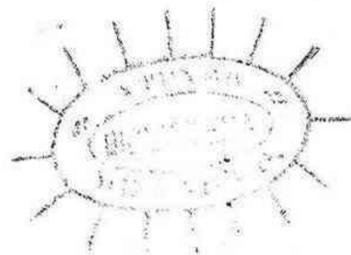
ALARCON, ALÁS, ANGELON, BARBIERI, BARRERA, BENOT, BRÚ, CASTELAR, ECHEGARAY, FERNANDEZ Y GONZALEZ,

FRONTAURA, GINER DE LOS RIOS, MADRAZO, MONREAL, MORENO GODINO, ORTEGA MUNILLA,

PEREZ ESCRICH, TRUEBA, VALERA, ETC., ETC.

MAGNIFICA COLECCION DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO II. AÑO 1883

BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NÚMS. 309 Y 311

1883

INDICE

DE LOS ARTICULOS CONTENIDOS EN EL SEGUNDO TOMO DE LA ILUSTRACION ARTISTICA

- La semana en el cartel, por J. R. R., 2.
Paris medio intelectual cosmopolita, por Pompeyo Gener, 2.
1883, por Benito Mas y Prat, 3.
El real sitio del Pardo, por F. Giner de los Rios, 6.
El entierro de un violin, por Joaquin Marsillach, 7.
Noticias geográficas, 8.
Paris literario y artistico, por P. G., 10.
Galas y duelos, por Pedro de Madrazo, 11.
El primer apunte, por Eduardo de Palacio, 15.
Noticias varias, 16.
Noticias geográficas, 16.
Juan Cigarron, por Casto Vilar y Garcia, 19.
Jugar cañas, por Julio Monreal, 22.
Noticias varias, 24.
Noticias geográficas, 24.
Paris artistico y literario, por P. G., 26.
Moral de la historia, 27.
Academia taurina, por Eduardo de Palacio, 30.
Juan Cigarron (conclusion), 30.
Crónica científica. Distancias celestes, por José Echegaray, 31.
Noticias varias, 32.
Noticias geográficas, 32.
Hasta la vista! por Luis Mariano de Larra, 35.
Un buen partido, por E. de Lustonó, 38.
Portugal. El convento de iglesia de Batalha, por F. Giner de los Rios, 39.
Noticias varias, 39.
Noticias geográficas, 40.
Paris literario y artistico, por P. G., 42.
Una fantasía sobre motivos de Rigoletto, por Benito Mas y Prat, 43.
Portugal. El convento de iglesia de Batalha, II, por Francisco Giner de los Rios, 46.
Noticias varias, 47.
Noticias geográficas, 48.
Coniza, por Benito Mas y Prat, 51.
La mesa redonda, por Fernando Martínez Pedrosa, 51.
Crónica científica. Distancias celestes, II, por José Echegaray, 55.
Noticias varias, 55.
Noticias geográficas, 56.
Paris artistico y literario, por P. G., 58.
La Peña de los enamorados, por Manuel Fernandez y Gonzalez, 59.
Crónica científica. El euripharinx pelecánoides, 64.
La estanquera, por Cecilio Navarro, 67.
La catedral vieja de Salamanca, por Francisco Giner de los Rios, 70.
Crónica científica. Distancias celestes, III y último, por José Echegaray, 71.
Noticias varias, 71.
Noticias geográficas, 71.
Paris artistico y literario, por Pompeyo Gener, 74.
Las aguas, por Fernando Martínez Pedrosa, 75.
La catedral vieja de Salamanca, II, por Francisco Giner de los Rios, 79.
Noticias geográficas, 79.
Noticias varias, 80.
El Cid en Cardena, por Benito Mas y Prat, 83.
La catedral vieja de Salamanca, IV, por Francisco Giner de los Rios, 87.
Noticias varias, 88.
Noticias geográficas, 88.
Paris artistico y literario, por Pompeyo Gener, 90.
Maria en el Calvario, por Vicente de la Fuente, 91.
La oracion en el huerto, por Cecilio Navarro, 95.
Noticias geográficas, 95.
Noticias varias, 96.
Mi entierro, por Clarin, 99.
Una suegra en el cielo, por J. Ortega Munilla, 102.
La memoria de los rumbos, por Escalpel, 102.
Noticias geográficas, 103.
Noticias varias, 104.
Paris artistico y literario, por Pompeyo Gener, 106.
Cada oveja con su pareja, por F. Moreno Godino, 107.
Noticias geográficas, 111.
Noticias varias, 112.
El libro y el cañon, por Federico de la Vega, 115.
El guardian de San Francisco, por Salvador Perez Montoto, 118.
Noticias geográficas, 119.
Noticias varias, 119.
Crónica científica. La unidad de la materia, por E. Benot, 119.
Paris artistico y literario, por Pompeyo Gener, 122.
Las andaluzas, por Carlos Frontaura, 123.
Noticias geográficas, 127.
Noticias varias, 127.
Crónica científica. La unidad de la materia, II, por E. Benot, 127.
La niña pálida, por M. Ramos Carrion, 131.
Original, moral y de actualidad, por Pedro María Barrera, 134.
Crónica científica. La unidad de la materia, III y último, por E. Benot, 135.
Paris artistico y literario, por Pompeyo Gener, 138.
Asunto para un drama, por Eduardo de Palacio, 142.
Noticias geográficas, 143.
Noticias varias, 143.
Crónica científica. Poder motriz del sol, por José R. Moureló, 143.
La cuadratura del círculo, por A. Sanchez Perez, 147.
Noticias varias, 151.
Bibliografía, por E. Benot, 151.
El desmemoriado, por Antonio de Trueba, 155.
Las golondrinas, por Enrique Perez Escrich, 158.
Noticias geográficas, 159.
Noticias varias, 159.
El espejo, por Juan Justo Uguet, 159.
Mi amigo Perico, por Rafael Garcia Santisteban, 163.
El guarda-agujas, por J. Ortega Munilla, 166.
Noticias geográficas, 168.
Noticias varias, 168.
Paris artistico y literario, por Pompeyo Gener, 170.
La belleza, por Fernando Araujo, 171.
El perro y el caballo de Kosciusko, por Cecilio Navarro, 174.
El cañon y el libro, por Mariano Prestamero, 175.
Abnegacion, por Peregrin Garcia Cadena, 178.
Los inventores, por J. Valero de Tornos, 183.
Noticias geográficas, 184.
Noticias varias, 184.
Paris artistico y literario, por Pompeyo Gener, 186.
La deuda flotante, por Fernando Martínez Pedrosa, 187.
Noticias geográficas, 191.
Noticias varias, 191.
Paris artistico y literario, por Pompeyo Gener, 194.
Ni tanto ni tan calvo, por Carlos Coello, 195.
El buen paño.... por Rafael Garcia y Santisteban, 198.
Crónica científica. Lo que son las combinaciones químicas, por José Echegaray, 199.
Paris artistico y literario, por Pompeyo Gener, 202.
Ni tanto ni tan calvo, (continuación), 202.
El Doctor Por qué, por A. Sanchez Cantos, 206.
Crónica científica. Lo que son las combinaciones químicas, II y último, por José Echegaray, 207.
Paris artistico y literario, por Pompeyo Gener, 210.
Ni tanto ni tan calvo (continuación), 214.
Los monumentos de Valladolid, por Francisco Giner de los Rios, 215.
Ni tanto ni tan calvo, (conclusion), 219.
El beso mortuorio, por Publico Hurtado, 222.
Crónica científica. Las transmisiones eléctricas. Verse por telégrafo, por el Doctor Hispanus, 223.
El beso mortuorio (conclusion), 227.
La feria de Sevilla, por Benito Mas y Prat, 230.
Noticias geográficas, 231.
Noticias varias, 231.
Rejas españolas, por F. Giner de los Rios, 231.
El duende enamorado, por Pedro de Madrazo, 235.
El enano de la princesa Hilda, por F. Moreno Godino, 238.
Divisiones del día, por E. Benot, 239.
El enano de la princesa Hilda (conclusion), 243.
Una aventura de Espronceda, por E. Rodriguez Solis, 247.
Crónica científica. Tiempo cosmopolita, por E. Benot, 247.
La exposicion de Amsterdam, por Pompeyo Gener, 250.
El haz de nervios, por Juan del Huerto, 251.
¡¡ Eh!! ¡¡ A la plaza!! (poesia) por Vital Aza, 255.
Noticias varias, 255.
Crónica científica. Meridiano universal, por E. Benot, 255.
Las castañuelas de Pepa, por Manuel Fernandez y Gonzalez, 259.
El hada de la fuente, por F. Moreno Godino, 262.
Crónica científica. Las ondas y los colores, por Enrique Serrano Fatigati, 264.
Las castañuelas de Pepa (continuación), 267.
Carlos Fernandez-Shaw, por E. Benot, 270.
Algunos vacios del museo del Prado, por Manuel B. Cossio, 271.
La exposicion de Amsterdam, por Pompeyo Gener, 274.
Las castañuelas de Pepa (continuación), 275.
Siempre la verdad, por Eduardo de Palacio, 278.
Lo inmortal, por José Ortega Munilla, 279.
Las castañuelas de Pepa (continuación), 283.
La guitarra de dos cuerdas, por Andrés Belmonte, 286.
Las grandes epidemias, por el Doctor Hispanus, 287.
La exposicion de Amsterdam, por Pompeyo Gener, 290.
Las castañuelas de Pepa (continuación), 291.
El tenor, por Eduardo de Palacio, 294.
Las grandes epidemias, II y último, por el Doctor Hispanus, 295.
Las castañuelas de Pepa (conclusion), 299.
Caprichos patológicos del lenguaje, por Escalpel, 303.
La exposicion de Amsterdam, por Pompeyo Gener, 306.
El pájaro en la nieve, por Armando Palacio Valdés, 310.
Crónica científica. Los terremotos, por E. Benot, 311.
El pájaro en la nieve (conclusion), 318.
Las codornices, por Enrique Perez Escrich, 318.
Los gigantes de carnaval, por José de Siles, 319.
La exposicion de Amsterdam, por Pompeyo Gener, 322.
Desarrollo de la marina, 323.
Un piano de Erard, por José de Siles, 326.
La escultura castellana, por F. Giner de los Rios, 326.
La duende, por José Ortega Munilla, 331.
Después de muerto, por Don Vicente Colorado, 334.
Asociacion de las ideas, por U. González Serrano, 335.
Después de muerto (conclusion), 339.
Los ojos de cera, por José de Siles, 339.
Crónica científica. La navegacion aérea, por José Echegaray, 343.
El fénix de Juan Cruz, por Julio Parra Murviedro, 347.
Justicia de Dios, por Pedro de Madrazo, 350.
Crónica científica. La navegacion aérea, II y último, por José Echegaray, 351.
El fénix de Juan Cruz (conclusion), 355.
Matiitas, por A. Sanchez Perez, 358.
Globo aerostático dirigible, por Gaston Tissandier, 359.
La madre de Carlos V, por Forneron, 362.
El medium, por Vicente Colorado, 366.
El cura de Riotinto, por V. Barrantes, 366.
Crónica científica. La extension y la impenetrabilidad, por E. Benot, 367.
El cura de Riotinto (conclusion), 371.
La noche de San Juan, por Carlos Arias y Mollejo, 371.
Globo aerostático dirigible (conclusion), 376.
El premio grande, por Juan Tomás Salvany, 379.
Fantasia sobre motivos de caza, por J. Ortega Munilla, 381.
La catedral de Avila, por F. Giner de los Rios, 384.
El premio grande (continuación), 387.
La voz eterna por Fabricio, 390.
La catedral de Avila, II y último, por F. Giner de los Rios, 391.
El premio grande (continuación), 395.
El fondo del vaso, por José de Siles, 398.
Los volcanes, por E. Benot, 399.
Las narices de Su Alteza, por Carlos Coello, 403.
El premio grande (conclusion), 403.
Crónica científica. Máquina de vapor sin fuego y sin humo, por José Echegaray, 407.
Las narices de Su Alteza (conclusion), 411.
Fantasia. El último día del año, por Benito Mas y Prat, 414.
El postre de Noche Buena, por F. Moreno Godino, 414.
El lenguaje como cópula mental, por U. Gonzalez Serrano, 415.
Revista de Madrid (en todos los números).
Nuestros grabados (en todos los números).

INDICE

DE LOS GBABADOS CONTENIDOS EN EL SEGUNDO TOMO DE LA ILUSTRACION ARTISTICA

- Tipo de belleza, cuadro de A. Ebert, 1.
Odalisca, cuadro de F. Steffens, 4.
De sobremesa, cuadro de Carlos Hermans, 5.
Un moro de Tànger, por Fortuny, 8.
Objetos de cerámica de estilo antiguo, 8.
Las pequeñas floristas, cuadro de E. Kurzbauer, 9.
Un concierto de familia, cuadro de F. Uhde, 12.
A la vejez viruelas, dibujo de J. Llovera, 13.
Laboremus, estatua por Juan Roig, 16.
Artes santuaris. --Objetos de estilo del siglo XVI, 16.
Elvira, cuadro por Juan de Beers, 17.
Una murga extraviada, cuadro por Edmundo Tetzner, 20.
El primer paso, cuadro por L. Crosio, 21.
Busto de Bruto, por Miguel Angel, 24.
Pintor de imágenes, por J. R. Wehle, 25.
Lactancia bávara, cuadro por Hans Herterich, 28.
Pena de exposicion, dibujo por A. Fabrés, 29.
Un estornudo inoportuno, dibujo por R. Rossler, 32.
Luciernaga, cuadro por A. Stevens, 33.
La lucha en el Desierto, cuadro por L. Beckmann, 36.
En el taller, cuadro por Conrado Kiesel, 37.
Un jefe de tribu árabe (de una fotografia), 40.
El estudio del pintor vienés Hans Makart, 40.
Fruto prohibido, cuadro por M. Netzmacher, 41.
En el campo, cuadro por W. Friedrich, 44.
El sacristan, dibujo por Enrique Serra, 45.
Marte y Venus, dibujo por A. Laupheimer, 48.
Un biciclo marino, 48.
Gustavo Doré, fallecido en Paris el 23 de enero, 49.
En el Corso, cuadro por M. Lovatti, 52.
Láminas de las fábulas de Lafontaine, dibujo de Gustavo Doré, 53.
Reproduccion de un grabado sobre acero, dibujo de Gustavo Doré, 56.
Flor campestre, 57.
Peritos consumados, cuadro por F. Friedlander, 60.
Los rechazados del mundo, por Jorge Knorr, 61.
Mayo, por Ludwig, 61.
La herencia, cuadro de E. Pagliano, 64.
El Euripharinx pelicanoides, nuevo pez de las profundidades del Atlántico, 64.
Un idilio, por E. Serra, 65.
El capullo del día de San Marcos, cuadro de E. Laneretto, 68.
La muerte del polluelo, cuadro de Luis Nono, 69.
Últimas horas, cuadro de Tobias Rosenthal, 72.
Velocipede de vapor calentado con petróleo, 72.
La despedida postrera, cuadro por Leon Leimburg, 73.
En diciembre, dibujo de J. Llovera, 76.
El juzgado municipal, por Mourin, 77.
Una reja de la casa de Pilatos en Sevilla (dibujo de Whymper), 80.
Como en casa.... cuadro por S. Woller, 80.
El arqueólogo, cuadro por E. Charlemont, 81.
Ofendida, dibujo por J. R. Wehle, 84.
Leccion de Koran, dibujo por A. Fabrés, 85.
El gorila joven del jardin zoológico de Berlin, 87.
Alumbrado público eléctrico, sistema Partz, 88.
La oracion en el huerto, dibujo de G. Doré, 89.
Inocencia y amor, cuadro por W. Bader, 92.
El pasmo de Sicilia, por Rafael, 93.
La oracion, cuadro por N. Leifert, 96.
Una estocada a la Jarnac, cuadro por A. L. Jacomin, 97.
Leccion de solfeo, dibujo de A. Fabrés, 100.
Rosa de Andalucía, cuadro por J. Llovera. Dibujo de este autor, 101.
Centro de mesa, modelo por Wiese, 103.
Busto en bronce de Heráclito, 104.
El lector, dibujo por A. Casanova, 104.
Cabeza de estudio, copia de una acuarela de Pradilla (grabada por Weber), 105.
El mes de Abril, dibujo por Emilio Kayser, 108.
Músicos ambulantes de Venecia, dibujo de A. Condam, 109.
La bella hiladora, dibujo de Kogler, 111.
De la nueva cosecha, dibujo de A. Simonetti, 112.
Krao, la niña-mona (de fotografia), 112.
El mayor dolor, cuadro por Dall'Oca Bianca, 113.
Prados á orillas del Rhin, cuadro por Herman Baisch, 116.
Las quintas, cuadro por J. L. Pellicier, (grabado por E. y A. Tilly), 117.
Pescador de mariscos, estatua en bronce por A. D'Orsi, 119.
El violinista, copia de un dibujo á la pluma por A. Casanova, 120.
Concierto de amorcillos, cuadro de Rodolfo Henneberg, 121.
El nido, cuadro por Hans Makart, 124.
Frutera romana, dibujo por Enrique Serra, 125.
Entrada de la sala del tribunal en la Alhambra de Granada, cuadro de Fortuny, 128.
Jóven de Suabia, dibujo por J. R. Wehle, 129.
Castillos en el aire, cuadro por Harrison, 132.
Perseo libertando á Andrómeda, grupo en mármol por J. Pfahl, 133.
Codicia, cabeza de estudio por Ferain, 136.
Marina, cuadro por Eduardo Dalbono, 136.
Una piedra en la bota, cuadro por C. Ziermann, 137.
El abuelo flautista, cuadro por Hugo Engl, 140.
El modelo, dibujo á la pluma por A. Fabrés, 141.
La lluvia, grupo en barro cocido por R. Bellazzi, 143.
Los tres conjurados, dibujo de G. Sus, 144.
Antes de la batalla, dibujo G. Rauber, 144.
Retrato de S. A. R. la infanta doña Eulalia, pintado por H. Lengó, y adquirido por S. M. el Rey, 145.
Vendedora de periódicos, 148.
Bodas de Guillermo de Orange con Ana de Sajonia, cuadro por H. Burek, 149.
Lo ajeno, dibujo por R. Rossler, 151.
Tertulia de confianza, 152.
La golondrina, 152.
Gorra de plata, retrato que forma parte de la Galena de mujeres hermosas, 153.
Zambra de gitanos, cuadro por J. Rougeron, 156.
En la exposicion de Bellas Artes, cuadro por E. Laneretto, 157.
El bibliófilo, dibujo por Fortuny, 159.
El mendigo, copia de una acuarela del baron M. Lazaroni, 160.
Un pasatiemponhonesto, cuadro por Carlos Froschl, 161.
Adán de Camogase, cuadro por Barzaghi-Cattaneo, 164.
Ahasvero, cuadro por Carlos Marr, 165.
Judía de Marruecos, 167.
Una calle de Subiaco, dibujo por Enrique Serra, 168.
La moda, cabeza de estudio por J. Raffé, 169.
El molino del torrente, paisaje por R. Puttner, 172.
La favorita, cuadro por F. Masriera (grabado por M. Weber), 173.
Fernanda Tedesca (distinguida concertista de violin), 175.
La prometida, dibujo á la pluma por A. Casanova, 176.
Reparto de pan en un convento, cuadro por H. Burekhardt, 176.
Flores primaverales, 177.
La tumba de Isaac Bar Schichat, cuadro por W. Gentz, 180.
La viuda del conde de Egmont pide hospitalidad á los magistrados de Amberes, cuadro por P. J. Oudenas, 181.
Un valenton, dibujo por A. Fabrés, 184.
Otoño, dibujo por A. Marie, 185.
María Estuardo y Ricci, cuadro por John S. Dali, 188.
La pena del cepo, dibujo por Enrique Serra, 189.
Insignias imperiales de Rusia, 192.
¡Celos! dibujo por F. Binden, 193.
Vendedor de rosarios en Roma, acuarela por Pio Joris, 196.
Independencia, copia de una escultura de Medardo Sanmartí, grabada por Forment, 197.
Tipos romanos, cuadro por Keeley Halsmelle, 200.
Sin casa ni hogar, cuadro por J. R. Reid, 200.
Anciano orando, cuadro por Rixens (grabado por C. Baude), 201.
Doble traicion, cuadro por Alberto Schroder, 204.
Un duo, cuadro por Canuto Ekwal, 205.
Un perdonavidas, dibujo por Foix, 208.
D. José Valero, decano de los actores españoles, 209.
La diva de la temporada, cuadro por Carlos Kables, 212.
Una diputacion rural, cuadro por Fernando Brutt, 213.
Tipos ainos, (tomados de una fotografia), 216.
El presunto heredero, cuadro por Jorge Boughton, 216.
Jóven pescador veneciano, cuadro por E. Ost, 217.
Campamento de gitanos, cuadro por F. Bhom, 220.
Una distraccion dolorosa, estatua por Mariano Benlliure, 221.
Miguel Angel, estatua por O. Tabacchi, 224.
¡Abandonada! cuadro por L. Deschamps (presentado en la exposicion de Paris), 225.
Ropavejeras judías, cuadro por Ernestina Friedrichsen, 228.
Seducion, cuadro por L. Casanova, 229.
Una adquisicion costosa, cuadro por W. J. Martens, 232.
Un ventorrillo en Andalucía, cuadro por Inglada, 233.
Luna de miel, cuadro por Alberto Schroder, 236.
Placeres de estío, cuadro por F. Friedrichsen, 237.
Dos filósofos, cuadro por G. Sus, 240.
Ensayo en Berlin de un nuevo globo dirigible, 240.
Yaquimo é Imogene, copia de un carton de Liezza-Mayer, 241.
El sitio predilecto, dibujo por A. Greil, 244.
Confidencias, dibujo por E. Brade, 245.
En los médanos, acuarela por M. Artz, 248.

En el sermón, cuadro por G. Henkes, 249.
 Baños de mar en Posilipo, cuadro por E. Dalbono, 252.
 Cazador de parada, dibujo por Llovera, 253.
 Muchacha de Breisgau, dibujo por J. R. Wehle, 256.
 Haydée, dibujo por R. Taylor, 257.
 El gorila, dibujo por Spechl, 260.
 Los mismos en todas partes, dibujo por A. Fabrès, 261.
 Juana Gray en la Torre de Londres, 264.
 Melancolía, cuadro por Liezen-Mayer, 265.
 Salutación matutina, cuadro por Carlos Wmmenberg, 268.
 Su excelencia ilustrísima, cuadro por Enrique Serra, 269.
 Campesino cordobés, apunte del natural por J. Marqués, 272.
 El Albaicín en Granada, dibujo por J. Marqués, 272.
 Erase una vez un rey... cuadro por R. Hohenberg, 273.
 Muerte de Arquímedes, cuadro por N. Barabino, 276.
 Recreos acuáticos en Noruega, cuadro por H. Dahl, 277.
 La castellana, cuadro por C. Probst, 280.
 Cenicienta, cuadro por C. Jourard, 281.
 Asesinato de Irvan Naryschin en presencia de la zarina Sofia, cuadro por Korsuchin, 284.
 Gitana, dibujo por Inglada, 285.
 Ensayo de independencia, cuadro por Gustavo Sus, 288.
 Lección de geografía, cuadro por E. Pagliano, 288.
 Volviendo de la fuente, cuadro por E. Sprague-Pearce, 289.
 Gitana granadina, croquis á la pluma por J. M. Marqués, 291.
 En la audiencia, cuadro por Francisco Netti, 292.
 A la puerta del cuartel, dibujo por Ricardo Balaca, 293.
 Un desengaño, dibujo por C. King, 295.
 En el desván, dibujo por I. Klauss, 296.

Oficial de artillería, estudio por J. Cusachs, 297.
 La crítica del colega, acuarela por H. Bellangé, 299.
 En el fondo de la selva, cuadro por L. Farbach, 300.
 Una noticia halagüeña, cuadro por Conrado Kiesel, 301.
 Tranvia funicular de San Francisco de California, 303.
 Vista de perfil de un coche y sección longitudinal de la vía, 303.
 Vista de frente del coche-guía y sección transversal del tubo por donde corre el cable metálico, 303.
 Un legado para los pobres, 304.
 Un custodio fiel, cuadro por G. Wertheimer, 304.
 El encantador Merlin, dibujo por Gustavo Doré, 305.
 Muchacha granadina, croquis á la pluma por J. M. Marqués, 307.
 Vida campestre, dibujo por Montbard, 308.
 El exposito, cuadro J. V. Carstens, 309.
 Restaurant en la exposición de Amsterdam, 311.
 El señor burgomaestre, cuadro por Mase Volkhart, 312.
 Capullo, dibujo por J. R. Vehle, 313.
 Pastor italiano, dibujo por J. Llimona, 315.
 Ariadna abandonada, cuadro por E. Dalbono, 316.
 Las espigaderas, dibujo por Ricardo Balaca, 317.
 La revancha de Germánico, escultura por Francisco Jerace, 319.
 Asunto grave, cuadro por W. Vollkhardt, 320.
 Angustias, dibujo por M. Marqués, 320.
 Un pedazo de cielo, cuadro por F. Bachmann, 321.
 Los infortunados, cuadro por Juan Geoffroy, 324.
 Desarrollo de la marina, (grabado tomado del periódico LA NATURE de París), 327.
 Vasija de jaspe artificial, 328.
 Vasija de porcelana existente en el museo de Kensington, 328.
 Jarrón decorado con adornos greco-etruscos, 328.
 Un modelo, tipo por J. Marqués, 328.
 Messalina, cuadro por Herman Kaulbach, 329.

Placeres del campo, 332.
 Alegrillo está... 333.
 Ciceruacchio, grupo escultórico por Héctor Ximenes, 335.
 La persecución, cuadro por A. Conadam, 336.
 Ronda mayor, cuadro por F. Masó, 337.
 El salón, cuadro por Luis Leloir, 340.
 Savonarola predicando en Florencia contra el lujo, cuadro por L. Longemantel, 341.
 ¡Quién vá!... dibujo por A. Fabrès, 343.
 Pastor en acecho, 344.
 La maternidad, cuadro por Roberto Begschlag, 345.
 Retrato de Petrus Van Tol, grabado al agua fuerte por Rembrandt, 347.
 La tumba del sér querido, cuadro por Julio Berger, 348.
 Ya tienes carta... dibujo por Ricardo Balaca, 349.
 Tipo granadino, dibujo por J. Marqués, 351.
 La silueta, cuadro por J. Herterich, 352.
 Señorita y criada, cuadro por E. Blaas, 353.
 Los últimos gladiadores, cuadro por J. Stallaert, 356.
 El nuevo palacio de Justicia en Bruselas, construido según los planos de M. Polaert, 357.
 Refugium peccatorum, cuadro por Luis Nono, 360.
 El ángel de la mañana, 361.
 En la iglesia, cuadro por Skutezky, 364.
 Jugando á los naipes, cuadro por C. Barison, 365.
 El sueño de la naturaleza, cuadro por Langeval, 368.
 Fuente de leche, dibujo por A. Zick, 369.
 Húngaro ladrón de caballos, cuadro por E. Grenguss, 372.
 Llegada de Lutero al castillo de Wartburgo, cuadro por E. Hellgrist, 373.
 Gitana granadina, dibujo por J. Marqués, 375.
 Globo aerostático dirigible, de los señores Alberto y Gaston Tissandier de París, 376.
 El príncipe imperial de Alemania, 377.
 Un actor retirado, cuadro por F. Smallfield, 380.

El león y el búfalo, dibujo por Feckmann, 381.
 Una boda en Bretaña (preparativos para el banquete), 383.
 Una boda en Bretaña (el baile), 383.
 Monumento erigido en París á la memoria de Alejandro Dumas, (proyectado por Gustavo Doré), 384.
 El sastrer del convento, dibujo por E. Grutner, 385.
 Las pompas de jabón, acuarela por J. R. Wehle, 388.
 La inundación, cuadro por Roberto Russ, 389.
 El capitán Mayne-Reid, 390.
 Papelera del palacio real de Madrid, 391.
 Sir Guillermo Siemens (distinguido electricista), 392.
 La declaración, cuadro por Enrique Rasch, 392.
 Hojas de diciembre, cuadro por M. Jenoudet, 393.
 ¡Miau!... cuadro por G. Wertheimer, 396.
 Delicias de la maternidad, cuadro por Conrado Kiesel, 397.
 Busto romano de pórvido, palacio real de Madrid, 398.
 Busto romano de pórvido, palacio real de Madrid, 399.
 Una confidencia, dibujo por J. Scheurenberg, 400.
 Triciclo acuático en el que M. Terry ha cruzado el estrecho de Calais, 400.
 El capitán Molena, cuadro por F. Dinea, 401.
 ¡Me ama?... cuadro por W. Amberg, 404.
 Margarita Hartstein conducida al suplicio, copia del celebrado cuadro de P. Ouderaa, 405.
 Gilliat y el pulpo, grupo escultórico por E. I. Carlier, 407.
 La lectura, cuadro por la señorita Diana Coomans, 408.
 La Virgen de la Silla, cuadro por Rafael, 409.
 Respetemos los juicios de Dios, cuadro por W. Amberg, 412.
 Muerte de Rubens, cuadro por Brée, 413.
 La mitra de Navidad, busto modelado por E. Clarasó, 415.
 Coronación de la Virgen, cuadro por Moretto de Brescia, 416.

INDICE

DE LAS LAMINAS QUE FORMAN EL ALBUM ARTISTICO DE 1883

El general Brune en casa de Camilo Desmoulins, (cuadro de F. Flameng).
 Procesión del tapiz sagrado destinado á la Meca, celebrada en el Cairo, (cuadro de C. Makousky).
 Ataque de Munich por los campesinos el 25 de diciembre de 1705, (cuadro de Francisco Defregger).
 El emperador Carlos V en marcha para el monasterio de Yuste, cuadro de Schneider.
 Embajada del rey Ladislao de Hungría á Carlos VII de Francia, cuadro de Brozih.
 El amor y el interés, cuadro de M. Vely.
 Berlín á vista de pájaro.
 Bayadera, cuadro de Gustavo Courtois.
 El último brindis, dibujo de Leopoldo Roca, grabado por Brend'amour.
 Victoriano Sardon.
 Música profana, cuadro por J. A. Kaulbach.

El descendimiento de la cruz, cuadro por P. P. Rubens.
 Traslación del cadáver del emperador Oton III, desde Italia á Alemania, por H. Rustigé.
 Arrojado á la playa, dibujo por S. Reinhart.
 Vendedor de imágenes, cuadro por Matias Schmid.
 Exámenes en una escuela de aldea, copia de una acuarela de Alois Greil.
 El zapatero de antaño, dibujo de J. Llovera.
 Las últimas horas de la libertad de Siena, cuadro de Pedro Aldi.
 Santa Cecilia, copia del célebre cuadro de Rafael.
 Un bautizo, cuadro de M. Luis Leloir.
 La batalla de Leipzig, dibujo por Toller.
 Barrio del bazar en Buda-Pesth, dibujo por A. Kronstein.
 La Inmaculada Concepción, copia de un cuadro de Murillo.

Retratos del emperador y la emperatriz de Rusia.
 Diana cazadora, cuadro de Hans Makart.
 Andrómaca, cuadro por Jorge Roehgrosse.
 Una jauría, cuadro por H. Weir.
 La doble nodriza, cuadro por Heywood Hardy.
 Victor Hugo.
 Selva virgen, dibujo por F. Lindner.
 Vistas de Copenhague.
 El canal de Suez.
 Contribución de guerra impuesta á la ciudad de Wisby en 1361 por Waldemaro Atterdag, rey de Dinamarca, cuadro por Carlos G. Hellquist.
 El cuerpo de guardia, cuadro por F. Charlemont.
 Baile de candelil, dibujo por J. Llovera.
 Vista de Hamburgo, dibujo por C. Oesterley.
 Exposición internacional de Munich.
 Exposición internacional de Munich.

Batalla de Woerth, cuadro por Enrique Lang.
 La vuelta de la escuela, cuadro por L. Vollmar.
 Tipos georgianos, copiados del natural por A. Berisse.
 El gran Condé la vispera de la batalla de Rocroy, dibujo por M. Bida.
 Los postres, cuadro por Augusto Kaulbach.
 Joven florentino jugando con unos gatos, cuadro por Gustavo Courtois.
 E pour si muove, dibujo por Enrique Serra.
 Las alegres comadres de Windsor, cuadro por Sofia Lowe.
 Los voluntarios de 1813 en Alemania.
 Viaje del príncipe Federico Guillermo á España.
 La venta del caballo, cuadro por Pusztai.
 Viaje del príncipe Federico Guillermo á España.
 Gitanos húngaros, cuadro por F. Bohm.
 Alegoría de la Natividad de N. S. Jesucristo, cuadro por el Correggio.



AÑO II

← BARCELONA 1.º DE ENERO DE 1883 →

NUM. 53



TIPO DE BELLEZA, cuadro de A. Ebert

SUMARIO

LA SEMANA EN EL CARTEL, por don J. R. y R.—NUESTROS GRABADOS.—PARIS, MEDIO INTELLECTUAL COSMOPOLITA, por don Pompeyo Gener.—1883, por D. Benito Mas y Prat.—EL REAL SITIO DEL PARDO, por D. Francisco Giner de los Rios.—EL ENTIERRO DE UN VIOLIN, cuento inverosímil, por D. Joaquín Marsillach.—NOTICIAS GEOGRÁFICAS.

GRABADOS.—TIPO DE BELLEZA, por A. Ebert.—ODALISCA, por F. Steffens.—DE SOBREMESA, por Carlos Hermans.—UN MORO DE TANGER, por Fortuny.—OBJETOS DE CERÁMICA DE ESTILO ANTIGUO.—Lámina suelta: EL GENERAL BRUNE EN CASA DE CAMILO DESMOULINS, por F. Flameng.

LA SEMANA EN EL CARTEL

D. José Echegaray se encarga de conmover al público con sus grandiosas concepciones; su hermano D. Miguel se dedica a hacerle reír, lográndolo cumplidamente con su ingenio lozano y juguetón, con sus chistes y sus donaires. Pero su última obra, *Sin familia*, oportuna pintura de un solterón disipado, es una comedia que participa algo del drama, sobre todo en los actos segundo y tercero, y no puede decirse que el autor se haya estrellado; pero sí que el acto primero esencialmente cómico, da quinque y raya a los dos restantes. Nada tan chistoso al par que humano como la presentación de un solterón envejecido prematuramente en la crápula y el desorden, víctima de sus amigos que le saquean y de una criada joven y lista que le domina y aún pretende pescarle en las redes matrimoniales. Pero el asunto se complica con la súbita aparición de una hija natural del protagonista, colegiala de un convento, y con las pretensiones a su mano de un desalmado libertino y de un muchacho honrado, de lo que arrancan un duelo y una serie de enojosas máximas morales, que chocan con el gracejo y la soltura que campean en el primer acto. El amor a su hija convierte a la postre al solterón empedernido, que despide a la impertinente doméstica, da con la puerta en los hocicos a sus malos amigos y concede la mano de su hija al que la pretendía con buen fin, proponiéndose en adelante vivir la vida honesta y arreglada de la familia.

Esta obra ha valido a su autor un gran triunfo, y la crítica considera el primer acto como uno de los trozos más notables que cuenta la comedia castellana.

El oficial de marina Sr. Novo y Colson, con su drama *Vasco Nuñez de Balboa* estrenado en *Apolo*, ha hecho gala de ser a la vez que distinguido poeta, acendrado patriota. La producción tiene no obstante un defecto capital: carece casi por completo de condiciones escénicas. *De todo un poco* es una ocurrencia revista de circunstancias debida a Miguel Echegaray y Vital Aza y estrenada con éxito en el *Teatro de la Comedia*. Añádase a estas producciones los juguetes *La primera guardia* y *La filoxera* estrenados en *Lara* y se tendrá el catálogo de las obras nuevas que han visto la luz de las candelillas, desde mi última revista.

La prensa se ocupa estos días con predilección del niño Luis González, precoz pianista, hijo de un humilde tocador de bandurria. Parece que las asombrosas facultades de este niño han movido a algunas personas pudientes a costear su educación artística, enviándole al Conservatorio de Bruselas. ¡Bien hayan los que saben emplear tan útilmente una parte de su fortuna!

Los principales teatros italianos se aperciben a inaugurar la próxima temporada de Carnaval, que es en aquel país la más importante del año. El *Pergola* de Florencia se abrirá con el *Faust*; el *Politeama* de Génova con *La Africana*; la *Sala* de Milan con *La Stella del Norte*; el *San Carlos* de Nápoles con *Il Re di Lahore*; el *Regio* de Turin con *Rienzi*; el *Rossini* de Venecia con *Mignon* y el *Regio* de Parma con *La Regina di Cipro* de Halevy, que de todas las partituras enumeradas, es la única nueva en Italia.

En el *Dal Verme* de Milan se hacen preparativos para poner una ópera inédita *I Gladiatori*, del maestro Foroni, muerto hace algunos años en la flor de la edad. Foroni era un compositor de mérito relevante: su sinfonía en do figura en el repertorio de las primeras sociedades orquestales de Europa, y esto hace que se cifren grandes esperanzas en su obra póstuma.

Los conciertos y las *fiéris* hacen el gasto en Londres: unos y otras son el obligado, el tradicional acompañamiento de la semana de Navidad.

La *Redención* de Gounod ha sido ejecutada en New-York por una masa de 300 coristas con éxito colosal.

—Telégramas de América ponderan los triunfos que alcanza la Nilsson en San Francisco de California: en aquella ciudad que debe su rápido desarrollo a la explotación de las minas de oro, hoy agotadas, ha hallado la egregia cantante copiosos veneros de oro acuñado y de aplausos entusiastas.

El gobierno ruso está en vías de desentenderse de los teatros lírico-italiano y dramático-francés que venía sosteniendo a sus expensas y a fuerza de considerables dispendios. En esta resolución que han de deplorar los artistas de *primissimo cartello* que hallaban allí pingües contrataciones, parece que no influye tanto el decantado patriotismo, como el afán de hacer economías.

Una noticia triste: Flotow, el inspirado autor de *Marta*, ha perdido inopinadamente el precioso órgano de la vista. Los que admirais las frescas melodías de aquella hermosa partitura, compadeced al venerable anciano, que a los

sesenta y cinco años de edad se ve afligido de tan irremediable desgracia!

La *Comedia Francesa* y el *Odeon* han celebrado el aniversario del natalicio de Racine; aquella poniendo algunas obras del célebre poeta; el segundo, intercaldando con ellas un propósito, *Le Mariage de Racine*, debido a MM. Livet y Vautre. Racine, desesperado por un descalabro escénico que acaba de sufrir, resuelve retirarse del mundo. Camino del convento, encuéntrase en una hospedería con una muchacha linda y discreta, que a su vez quiere también enclaustrarse afligida por la reciente pérdida de sus padres. La niña gusta de la poesía, Racine se goza recitando sus versos, y tras discretísimos diálogos, la niña y el poeta se enamoran, renunciando a sus proyectos religiosos, y se casan. Como se ve, el argumento aunque sencillo es a propósito para reproducir los rasgos más salientes de la índole poética de Racine.

Dos obras poco menos que fracasadas: *Ninetta*, ópera cómica de Hannequin y Bisson, con música de Pugno, y *Le reveil de Venus*, vaudeville de Burani y Ordonneau, estrenada aquella en la *Renaissance* y el último en el *Ateneo*. La acción de *Ninetta* transcurre en Alemania y contiene las bufonadas que Offenbach animaba con sus estupendos acordes. Desgraciadamente para los autores del libro, la música de Pugno, más que alegre es funeraria, si se atiende a su enojosa é hinchada solemnidad. —El vaudeville del *Ateneo* es la milésima primera edición de los equívocos puestos en boga en este género de producciones, que si no caen en gracia desde el primer momento, naufragan sin remedio. Y ahora decidme: ¿por qué no habrá gustado *Le reveil de Venus*, cuando tantas obras que se le parecen tienen el don de alborotar al público? Pues no ha gustado porque no ha gustado, y no hay otra razón valedera que lo explique, tratándose de un linaje de obras, sin condiciones literarias, cuyo éxito pende siempre de los caprichos de un público torradizo.

Habíase puesto en estudio en el *Gimnasio* la comedia de Claretie *Monsieur le Ministre*; Alejandro Dumas la leyó y quedó tan prendado de ella, que solicitó de su autor que le permitiera retocar algunas escenas susceptibles de mejora. No hay que decir con cuánta solicitud acogió Claretie esta halagadora proposición del maestro de los maestros, y con cuánta impaciencia espera el público parisiense el estreno de una obra de índole política en que Dumas se digna poner sus expertas manos. Ya tenemos pues un acontecimiento en perspectiva.

García Ladevese, ilustrado periodista español residente en París, ha terminado la letra de una opereta titulada *Les jupes grises* (Los picos pardos), que pondrá en música uno de los compositores más en boga. La obra transcurre en España, y será quizás la primera en que se pinten nuestras costumbres tales como son y no como generalmente creen nuestros vecinos.

Adelina Patti ha sido condecorada con las insignias de la orden de Kapirlau, por Kalakaua, rey de las islas de Sandwich. El buen monarca oceánico nombra a la célebre diva *caballero-compañero* de aquella orden, concediéndole el goce de todos los derechos, preeminencias y privilegios a ella anejos y el uso de las correspondientes insignias.

Por lo que tiene de curiosa termino con esta noticia mis crónicas teatrales, deseando a los lectores de la ILUSTRACION ARTÍSTICA un próspero año nuevo.

J. R. R.

NUESTROS GRABADOS

TIPO DE BELLEZA, cuadro de A. Ebert

El distinguido pintor vienés presenta como tipo de belleza una candorosa doncella de nívea tez, dorados cabellos y ojos azules: un artista español ó italiano hubiera figurado dicho tipo en una airosa morena de aterciopelado cutis, cabellos negros como las alas del cuervo y ojos de mirada brillante y fascinadora. La diferencia entre uno y otro es cuestión de temperamento, ó mejor dicho, de latitud geográfica; pero de todos modos hay que conceder a monsieur Ebert que ha tratado con acierto el lindo busto de su tipo y que el admirable perfil de la joven, su correcta nariz, su diminuta boca, su torneada garganta, los abundantes bucles que se escapan bajo el caprichoso tocado, y la expresión de virginal pureza impresa en su rostro forman un conjunto de atractivos que lo mismo pueden trastornar el seso de un hijo de la ardiente Andalucía que el de un habitante de las heladas estepas de Rusia.

ODALISCA, cuadro de F. Steffens

Los tipos orientales son los predilectos de los modernos pintores.

El que representa nuestro cuadro es verdaderamente seductor. La odalisca goza aún y se siente feliz con la posesión de preciosas joyas, que hacen resaltar su irreprochable belleza. Se conoce que es muy joven, tan joven que aún no ha tenido tiempo de fastidiarse de la vida del Serrallo. No hay porqué envidiarla, a pesar de todo: harto vendrán, demasiado pronto para ella, las interminables horas del tedio y las terribles muestras de la implacable enemistad de sus rivales. En el Serrallo no se puede ser favorita, ni haberlo sido. La odalisca olvidada se alimenta del veneno de la envidia; la odalisca preferida se alimentará un día del tósigo comprado por los celos y servido con la sonrisa en los labios.

DE SOBREMESA, cuadro de Carlos Hermans

Como escena de la vida moderna, como muestra de realismo, es el cuadro que reproducimos un ejemplar de primer orden, embellecido cuanto lo permite el trivial asunto que representa. Sin embargo hay que desengañarse; nuestras costumbres domésticas, aún realizadas por el atractivo de la más distinguida sociedad, distan de ser poéticas; los faldones de una casaca, siquiera sea cortada por el primer sastre de París, siempre parecerán la cola de un ave tonta.

Las damas del cuadro son ciertamente hermosas y elegantes.... Tanto peor para la mayoría de esos caballeros que no paran grandes mientes en sus adorables compañeras. En resumen, la culpa no es del pintor, es del tema: el día en que las bellas artes, renunciando a los ideales que inspiraron el *Moisés* de Miguel Ángel y las *Concepciones* de Murillo, rastree debajo de las mesas del festín, los artistas podrán producir cuadros y estatuas agradables, como lo es el cuadro de nuestro grabado; pero que raras veces decorarán otras piezas más nobles que el comedor de sus inteligentes dueños.

UN MORO DE TANGER, por Fortuny

Varios son los trabajos de tan insigne artista que hemos tenido la satisfacción de reproducir en las páginas de esta publicación: al describirlos hemos procurado realzar en lo que vale el genio y el talento del malogrado pintor; por consiguiente, es ocioso añadir una palabra más a lo ya dicho, limitándonos a llamar la atención del lector hacia el grabado de la pág. 8, en el cual, así como en los anteriores, descuella la vigorosa ejecución é inimitable estilo de nuestro célebre compatriota.

Objetos de cerámica de estilo antiguo.

Estos objetos proceden de la acreditada fábrica de loza y porcelana de los Sres. Zsolnay de Funckirchen en Hungría. Los dos jarros representados en el centro y a la derecha son de gusto eslavo: el jarrón de la izquierda y las dos fuentes de segundo término, de estilo persa, y los objetos restantes, ó sean el plato, la taza y los dos floreros, de dibujo indio.

EL GENERAL BRUNE en casa de Camilo Desmoulins (cuadro de F. Flameng)

La pintura moderna ha reproducido en estos últimos tiempos muchos asuntos de la turbulenta época de la Revolución francesa; pero la mayoría de los artistas han representado con preferencia escenas violentas. M. Flameng ha tenido la oportuna idea de escoger un episodio que, sin dejar de ser conmovedor, no lleva en sí la expresión terrible y sangrienta de dichas escenas. Hé aquí cómo lo describe el historiador Luis Blanc, en cuyo relato se ha inspirado el pintor francés: «El general Brune fué a avisar a Camilo Desmoulins de los peligros que le amenazaban; pero este le contestó chanceándose, y le convidó a almorzar. Sentáronse a la mesa: Camilo estaba muy animado, pues contaba con la opinión pública y con sus amigos. Su esposa Lucila le abrazaba, le animaba con sus dulces palabras, salidas de su corazón intrépido, y decía a Brune:—Dejadle hacer; todo lo debe a su patria.—Camilo, que tenía a su hijo sobre sus rodillas, lo levantó exclamando alegremente:—*Edamus et bibamus, cras enim moriemur.*»

Por lo que respecta al cuadro, está trazado con mano maestra y con la conciencia que distingue al artista cuyo pincel ha producido obras de sumo interés, alguna de las cuales ha reproducido ya la ILUSTRACION ARTÍSTICA.

PARIS

MEDIO INTELLECTUAL COSMOPOLITA

Antes de empezar mis crónicas, en las que daré cuenta de todo cuanto sobresalga en este inmenso centro, voy a dar a los lectores de la ILUSTRACION ARTÍSTICA una idea del medio ambiente que aquí circuye a todo el que se dedica a desarrollar las facultades de su espíritu y en qué estriban las condiciones favorables de la atmósfera moral. Cuando una planta crece, se desarrolla y fructifica de una manera ufana en un país determinado, prueba que este país contiene en su suelo y en su atmósfera elementos químicos propios para el desarrollo del organismo cuyo germen allí se fijara. París da a conocer continuamente talentos privilegiados de todas las naciones que en él hallan desarrollo adecuado. ¿Cuáles son, pues, las condiciones morales de este medio ambiente?

* * *

El que llega a París, no para divertirse como esos extranjeros que en traje de viaje pululan por el boulevard, sino para trabajar y perfeccionarse en cualquier ramo de los conocimientos humanos para el cual se siente dispuesto, experimentará al poco tiempo una tristeza y descorazonamiento con nada comparables. ¡Qué solo se sentirá en este caos humano! Al primer golpe de vista únicamente verá una multitud de gentes de todas condiciones y edades que, impacientes, febriles y jadeantes, corren cual si las persiguieran a través de los grupos que el continuo movimiento de transeuntes forma y disipa, deslizándose por entre la multitud de carruajes que andan disparados por las anchas vías, carruajes que a su vez conducen otras gentes, impasibles unas, pensativas otras, infatuadas varias, alegres y bulliciosas muchas; al parecer medio locas casi todas. Tropezones, empujones, el chasquido de los

látigos de los cocheros, el relincho de los caballos, ruidos de ruedas que se deslizan rápidas sobre el *macadam* ó el embaldosado, dicharachos y canciones de los pilluelos, desvergüenzas de las *cocttes*, sonrisas y miradas equívocas de las pseudo-damas del *demi-monde*, palabras en mil lenguas diversas que contrastan con el *argot* parisien del *boulevardier*, en fin un barullo delirante; hé aquí el conjunto de impresiones que recibirá el que por primera vez éntre en esta Babel moderna, con un espíritu observador y un carácter serio.

Esas gentes que circulan ávidas por las calles como impulsadas por un vértigo, pasarán rozando con el recién llegado, sin advertir su tristeza, ni sospechar que tal vez mañana lo aplaudirán en un teatro, lo admirarán en un salon de pinturas ó seguirán con interés su estilo en un periódico, en una revista, en un libro, y contribuirán á levantarle el pedestal de su gloria.

¿Cómo sufrirá los primeros meses al hallarse aislado entre dos millones de habitantes, al pasar desapercibido entre tanta gente que todo lo nota y todo lo convierte objeto de sus conversaciones!

En su país natal, cuando se presentaba en el café ó en el teatro, con el semblante alterado ó con la fisonomía algo inquieta, todos le preguntaban: ¿Le aqueja á V. algo? ¿está V. enfermo? Nadie hablaba de otra cosa en la ciudad; sus numerosos amigos acudian á consolarlo á la primera sombra de tristeza que venia á afligir su ánimo.

En Paris nadie se pára á mirar al desconocido; nadie le pregunta por la secreta causa de su melancolía; ni siquiera una fugitiva mirada se fija en su semblante; y al recién llegado le dan tentaciones de volverse á su país natal y acusa amargamente á Paris de ingratitude é indiferencia. Nada más injusto. Esta indiferencia que maldice el que llega en los primeros tiempos de su residencia en la populosa capital, es lo que le salva. En su país natal consolaban sus penas y adivinaban las más pequeñas afeciones que podían causarle tedio, es verdad; pero reparaban también en su manera de vestir, si era elegante ó desaliñado; sabían quiénes eran sus amigos, con qué personas se trataba; con qué capitales podía contar, si es que tenía alguno; conocían su procedencia humilde ó elevada y de ella sacaban á veces mil consecuencias contrarias á sus aptitudes ó aspiraciones; y llevábase, por decirlo así, un público registro de sus actos, en los cafés, ateneos, círculos, tertulias y casas particulares, de manera que nada se les escapaba de la vida del que tenía la desgracia de sobresalir un poco entre sus compatriotas. En las pequeñas ciudades las gentes se entretienen en averiguar la vida del que se hace notar por algo; se le espía, se le investiga su vida privada, se le desmenuza su conducta; y desgraciado de él si tan sólo tiene un pariente lejano que haya faltado al honor, que han de tomar pié de ello para vengarse del ultraje de sobresalir, puesto que el valer más entre el comun de los hombres es un ultraje á los demás, como entre las mujeres lo es el ser más bella. Además, así como hay tribus salvajes que sólo saben contar con los dedos de las manos hasta diez, y en pasando de diez, para ellas toda cantidad es igual, y la llaman *muchos*; así también en las pequeñas poblaciones la generalidad sólo sabe contar hasta diez en materia de inteligencia. El que vale once, para ellas vale lo mismo que el que vale once mil. Spencer ha demostrado muy bien que el progreso es sólo la *diferenciación* de tejidos en los órganos, de impresiones é ideas en los seres humanos, y de funciones en las sociedades; y en las pequeñas ciudades se diferencia muy poco. Para diferenciar un talento superior de una medianía se necesita una aptitud especial que no se adquiere sino por el hábito, y este sólo puede tenerlo el público de los grandes centros de civilización, puesto que en estos centros no se repara en lo que los hombres tienen de comun, sino en lo que tienen de extraordinario. En Paris nadie sabe cómo se llama el vecino del cuarto de enfrente ni si es rico ó pobre. Hay quien vive en la misma casa que Daudet ó Bastien le Page ó Berthelot, y siendo admirador suyo ignora que los tiene por vecinos. Esto que parece no tener importancia, es todo, todo lo que puede desear el que se siente poseído de esa fiebre sagrada del saber ó del crear. Paris mira alto y no escucha los ruidos pequeños ni ve los gusanos que se arrastran por el suelo; presta atención sólo al estruendo y saluda únicamente al águila que se eleva hasta el sol, ó por servirme de la frase gráfica y realista de un crítico francés, no busca los piojos en la cabeza de los débiles, sino las ideas dentro de la de los fuertes.

En Paris hay cierto público cosmopolita que está muy alto y este es el que da al mundo la idea de todo lo que sobresale en algo. En una ciudad pequeña, estos seres distinguidos capaces de emprender lo verdaderamente grande son contados, y casi siempre, por desgracia, han de callar, ante el inmenso número de los seres vulgares. La brutalidad del sufragio universal apaga su voz; una mayoría de pigmeos los abruma; y como estos apenas se levantan del suelo, al que se eleva lo ven pequeño. Toda idea grande, toda innovación, todo invento científico, no cabe dentro de la estrechez de su cerebro, y como no lo comprenden, no reparan en él, ó les parece malo. Luego toda gran cualidad presupone un gran defecto, pues la actividad desmesurada en un sentido produce un desequilibrio en nuestras facultades. Los griegos llamaban al talento enfermidad divina, y los latinos dijeron: *Nulla est sapientia sine mixtura dementia*. Por consiguiente todo el que sobresale mucho en un sentido, tiene caídas en otro; toda ave voladora, anda mal. El gran botánico Decandolle no conocía las coles, La Place

equivocaba las sumas y Rossini no sabía tocar el piano. En general todo el que se dedica á la vida especulativa, tropieza á cada paso en la vida práctica. No saluda á los conocidos que pasan, abstraído como está en sus meditaciones; no hace visitas; olvidase á veces de dar el tratamiento á ciertas nulidades que lo tienen; ó no se acuerda del día en que vive ó de la hora que es; ó no da importancia á la política de partido, etc., etc.; y todo esto hace que lo considere como inferior ó extravagante esa masa de gente trivial, que por estar demasiado cerca de él repara en todas las pequeñeces. Toda grande cualidad tiene algo de incomprensible y los vulgos á todo talento serio le niegan los aplausos que conceden fácilmente á las medianías correctas.

No es que en Paris no existan estos vulgos banales é ignorantes, los hay como en todas partes y aún más, pero no son ellos los que dan la tónica á la pública opinion, sino los que la reciben de ese público superior, formado por la aristocracia de las inteligencias, que sólo repara en lo extraordinario, aceptándolo venga de donde venga.

Al que presenta un invento, al que emite una idea, publica un libro, ó expone un cuadro, nadie le pregunta en Paris de dónde procede, quién fué su padre, con qué recursos cuenta, qué religion profesa, á qué partido político pertenece, ni siquiera se repara en si es blanco, negro, malayo ó mogol.

Es ciudadano de Paris, más que el que nació dentro de las fortificaciones, el que se ha conquistado el derecho de ciudadanía por la parte que ha tomado en el combate de la actividad humana que tan alto aquí llega. La carta de naturaleza se obtiene á veces después de muchos años de una vida oscura consagrada á incesante trabajo, pero en cuanto la obra aparece, á nadie se le niega el título de parisien, pues se le considera tal por el mero hecho de haber dado á conocer su actividad en este centro. En Paris el que vale jamás es *provinciano* ni *extranjero*; aquí es casi una impertinencia y sin casi, una grosería, el pronunciar tales palabras. Al contrario, el ménos parisien y á veces el verdadero extranjero en Paris es el hijo del *Faubourg Saint Martin*, del de *Saint Germain* ó del de *Saint Antoine*. No es la sangre de la raza, ni la cuna las que dan fatalmente, como en la mayor parte de las demás ciudades, su calidad al sér que se desarrolla bajo este cielo que parecen perforar la aguja de la *Sainte Chapelle* y el *Cimborrio del Panteon*, nó; lo que hace á un hombre parisien es la intensidad que ha dado á la vida bajo este cielo. El parisien nativo, las más de las veces se distingue por ser mediano y frívolo, y á veces por ignorar lo grande y lo bello que Paris encierra hasta no saber lo que Paris vale, pues no lo ha comparado con otro país alguno, y como toda idea se adquiere sólo por medio de la comparación, no tiene idea del país en que ha nacido.

Entre este conjunto de inteligencias que nada tienen de comun, ni como raza, ni como hábitos, costumbres, etc., más que el nivel de la idea, es muy difícil el fabricar una reputación falsa ó elevar una personalidad á un nivel que no le corresponda. En Milan, en Roma, en Viena, en Madrid, en Barcelona, en Ginebra ó en Munich, hay un café, ó una cervicería, un círculo, ó un ateneo, en una palabra, un centro donde todas las eminencias de la ciudad se reúnen; hay sólo dos, tres ó pocos más periódicos que están encargados de formar las reputaciones; en captándose las simpatías del centro, en teniendo influencia en los órganos de la opinion pública, una medianía traviesa é intrigante puede llegar á eminencia provincial ó nacional. En Paris esto es imposible; son tantos los centros, tantos los órganos de la opinion pública, se crean tantas asociaciones de ciencias, artes y letras continuamente; en fin, es tan grande el movimiento intelectual, que no le es dado á un hombre solo el poder imponerse si no es por su verdadero mérito. Si á alguien consiguiera sorprender á uno ó más periódicos, ó si logra hacerse una reputación en un grupo, que no sea bien merecida, hay otros mil, prontos á examinársela y á contradecirla. Además, hay tantos que valen verdaderamente en Paris, que ha de valer mucho el que sobresalga un poco.

Siempre hay aquí una idea en germen, latente en el cerebro de un hombre, á punto de fructificar, como siempre hay una que acaba de salir á la luz, á la que todos le prestan su apoyo y que irradia inmediatamente á todos los puntos del mundo para hacer lugar á otra idea próxima á nacer. Porque en Paris germina todo y todo crece, con tal que no sea vulgar ó insignificante; no importa que una empresa parezca insensata ó ideal, siempre ha de encontrar partidarios y dinero con tal que se separe de lo comun. Los mismos adjetivos que se emplean para calificar una cosa de sublime, indican lo que priva aquí todo lo que se aparta de la regla, todo lo que es original, aunque peque de extravagante. *C'est renversant, abracadabrant, épatant, insensé*; hé aquí las exclamaciones que suele arrancar todo lo que en Paris sobresale.

Hay en la ciudad del Sena un tribunal inmenso é invisible que escogiendo lo que verdaderamente vale, eliminando todo lo que no vale, conspira así continuamente á la entronización de la aristocracia de la inteligencia.

Este es el que diferencia á cada momento todo lo que ve la luz pública. Cuando se trata de apreciar una cualidad intelectual, no toma para nada en cuenta ni la nacionalidad, ni la conducta, ni la amistad, ni el origen, ni una infinidad de cualidades que confunden otros países. En tal nacion se le ha hecho á un patricio ministro de la Guerra por ser orador ilustre, ó presidente de un gobierno al que habla un tecnicismo filosófico-cabalistico, ó diputado y aún gobernador á un guerrillero;

sastre ha habido á quien se le ha dado un alto empleo científico sólo por ser muy liberal.

La conciencia de Paris, la conciencia de este tribunal anónimo no deja pasar ninguna de semejantes anomalías; no mira si el que comparece ante él tiene las manos finas ó callosas; no averigua de dónde vienen las voces; pero sabe muy bien apreciar si el que se presenta sirve para lo que pretende servir, y adivina el genio aunque se esconda dentro del bullicioso cerebro de un estudiante de veinte años, lo mismo que descubre el idiotismo asomando las orejas detrás de las gafas de oro de un académico. ¿Y quiénes son los jueces de este tribunal? El provinciano de ayer, el extranjero que llegó hace dos años, el empleado que ha pasado su día encorvado sobre su pupitre, el obrero que acaba de salir de su taller, el escolar de la normal, el discípulo de *l'Ecole d'hautes études*, un prófugo del clero, un militar estudioso, un profesor, un artista, una mujer de sensibilidad exquisita ó de aficiones literarias, en fin todos y nadie. Hé aquí el tribunal supremo que en Paris concede la patente de la aristocracia de la inteligencia.

Paris encorvado sobre un banco de herramientas, ó sobre una mesa llena de libros; de pié encima de un monton de leña, ó corriendo por las avenidas; con la cabeza bajo la lluvia, ó dentro de lujosa carretela; en buhardilla, cuarto de hotel ó alfombrado gabinete de un palacio; de frac ó de blusa; gastando cien libras por día ó sólo un franco cincuenta; Paris hace flotar como en océanicas oleadas la barca que lleva al nuevo César con su fortuna, hundiendo á las que no tienen condiciones para llegar á puerto. Así ha presentado coronados de gloria al mundo entero, lo mismo á *Fortuny* que á *Munkachski*, á *Victor Hugo* que á *Theine*, á *Litré* que á *Maspero*, á *Claudio Bernard* que á *Brown-Sequard*, á *Meyerbeer* que á *Massenet*.

Hé aquí porqué en esta metrópoli florecen tantas notabilidades que en sus respectivos países hubieran muerto ignoradas, pospuestas á celebridades de campanario; hé aquí porqué todo el que siente germinar algo de grande en su interior, acude á este centro; y aunque duro para él en sus primeros tiempos, cuando le conoce lo quiere hasta el punto de preferir vivir en él en medio de privaciones á volver á su país, donde sentado en el hogar paterno y rodeado de dulces recuerdos de familia podría beber el vino de su propia cosecha. Y es que en esta ciudad formada de pedazos de todos los países, se encuentra lo que difícilmente se encuentra en otra ciudad alguna, la apreciación justa de lo que cada uno vale, y por tanto, camino abierto á todos para llegar á donde sus fuerzas les permiten.

POMPEYO GENER.

1883

Año 6596 de la Creación del Mundo, según el Padre Petavio, 5866 del Diluvio Universal, 4212 de la población de España, 636 de la invención de la imprenta y 2.º de la publicación de la *Ilustración Artística* de Barcelona.

Es decir, un año todo nuevo, como sus hermanos; que comenzará por uno de los siete días de la semana y terminará con San Silvestre.

Cuando nace un año, las horas se desnudan, es decir, se visten de ligeras gasas como si fueran damas en traje de baile y esperan al recién nacido, que viene al mundo reclinado en un rayo de luna de enero.

¡Cómo laten los corazones de los hombres al verle llegar tan fresco, tan rozagante y tan hermoso!

Un año nuevo es un presente misterioso del tiempo, un jiron del porvenir que se muestra poco á poco á nuestros ojos; una caja misteriosa como la de Pandora, que no siempre suele contener plagas ó pájaros.

Por eso los habitantes de la isla de Java remontan, al morir diciembre, sus cometas, símbolo de la ilusión que pende de un hilo, y los japoneses arrojan de sus casas á los malos espíritus, apedreándolos con habas negras durante la última noche; por eso nosotros admitimos los plácemes y las felicitaciones con ceremoniosa sonrisa y damos la última peseta de aguinaldo al primer adulador que nos sale al paso.

Con el año nuevo sueñan el bachiller en ser doctor, el cadete en ser general, la viuda en un nuevo consorte que *le saldrá* pasados los trescientos sesenta y cinco días de luto; el Tenorio en una nueva serie de conquistas amorosas y el hombre público en una victoriosa etapa parlamentaria.

La virgen de rostro pálido y ojos azules, *la bella creatura de blanco vestita*, espera *la vitta nuova*, la florida juventud del año, la estación de los sueños color de rosa con fimbrias de oro; sin embargo, podrá acontecerle lo que á aquella poetisa que se le pasó un año sin mayo conversando con los tiestos de flores de su ventana.

Podrá escapársele la primavera.

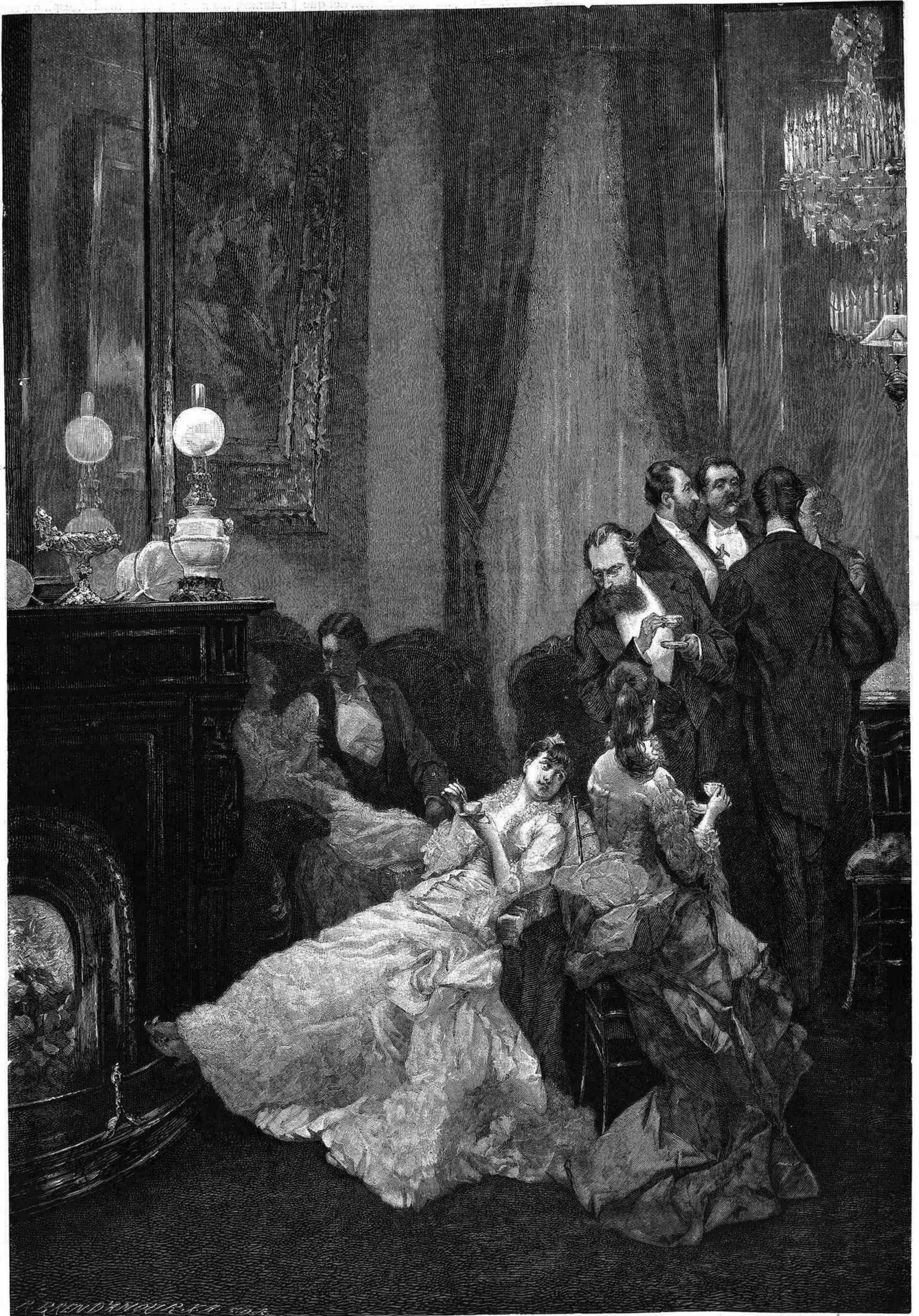
¡Cómo se van los años
y tras ellos los días
y las alegres horas
de nuestra pobre vida!



ODALISCA, cuadro de F. Steffens



EL GENERAL BRUNE EN CASA DE CAMILO DESMOULINS, (CUADRO DE F. FLAMENG)



DE SOBREMESA, cuadro de Cárlos Hermans

decía Melendez Valdés, dejando correr la pluma melancólicamente.

¡Malditos treinta años
funesta edad de amargos desengaños!

exclamaba Espronceda, pasándose la mano por su melena romántica, y recordando cómo Lope lloraba la vejez de su sotana en un soneto lleno de Plutarcos, Platones y Jenofontes.

Uno y otro se quejaban sin razón; ni el tiempo se va, ni tiene nada de maldito; nosotros somos los pasajeros y los maldicientes.

El tiempo no es más que la sucesión de las cosas, dicen unos; el tiempo es lo que las acaba, dicen otros; el tiempo no es más que el complemento del espacio, digo yo para acabar de involucrar el asunto.

Al finalizar el año se borran todas las fechas. Las efemérides, sin embargo, vuelven con notable pertinacia otra vez; no hay memoria, por rebelde que sea, que logre escapar al incesante martilleo del calendario.

La viuda reincidente, por ejemplo, duerme mal la noche de difuntos, come peor el día del santo de su muerto y se levanta al amanecer la mañana que lleva la fecha de su primer día de matrimonio.

El asesino recuerda la hora del día o de la noche en que hirió a su víctima, y suele ver su rostro al resonar las inflexibles campanadas. Si fué en octubre, las hojas secas están como sus mejillas; si fué en abril, las amapolas parecen empapadas en su sangre.

No ocurre lo propio al que hace víctimas amorosas.

El asesino de honras suele recordar las circunstancias del crimen con fruición u olvidarlas completamente.

La razón de este fenómeno la halló Becquer en esta admirable frase:

¡Como el muerto está en pie!...

De un año a otro adquieren las cosas, para nosotros, ciertos lineamientos especiales de que no demos darnos cuenta.

Es que la fantasía se encarga de pintarlo todo: hasta lo que no hace sombra.

Yo tuve un amigo que vivía en una preciosa casita semejante a las que encantaban a Juan Jacobo Rousseau; con su precioso jardín, su templado hogar y sus puerta-ventanas verdes; pues bien, sólo conoció lo que valía aquel nido de santos placeres viviendo en un espléndido hotel lejos de España.

No conoció esto solo. Conoció además lo que valía su esposa, joven, bella y honrada, a quien abandonó villanamente escapando bajo el corpiño de una bailarina italiana que cantaba en la mano como las alondras.

Corriendo los años pasan cosas estupendas. He visto a los hombres cambiar de pelo, de fisonomía y de conciencia.

No son así los árboles que ofrecen todos los años los mismos frutos y las propias hojas, picadas por los silfos.

Sé que hay quien pide peras al olmo, constancia a la cocotte y adhesión perpetua a los parásitos y a los cortesanos; pero aunque me presenten el ingerito del olmo de Jauja, la cocotte inmortalizada por Dumas y los ministros del rey que rabió, no lograrán convencerme de que piden lo que puede dar la naturaleza.

Hay una razón en pro de los que tal creen:

Las aficiones que se inician en la primera edad se acentúan en la plenitud de la existencia.

Domiciano atravesaba moscas con alfileres y las perseguía aún con su estilete ciñendo la corona del imperio. Casi todos los jóvenes comienzan persiguiendo mariposas multicolores en la campiña y acaban por perseguir mujeres hermosas en los salones y en las alamedas.

Hay algunos que se entretienen en clavar hombres como si fueran insectos y en poner trampas a sus semejantes como si se las pusieran a los pájaros.

De esa madera salen los duelistas, los diplomáticos y los conquistadores.

El inventor del reloj dejó tamañito a Falaris, aquel tirano que tostaba a sus súbditos metiéndolos en un toro de bronce ardiendo.

Esas agujas puntiagudas destinadas a señalar con imperturbable calma las horas que pasan para no volver, son áspides que nos complacemos en abrigar en el bolsillo de nuestro chaleco.

Los tomadores nos hacen un gran favor cuando logran librarnos de uno de esos vampiros mecánicos, encerrados en cajas de plata y oro y destinados a chupar las horas de nuestra existencia.

Hay hasta quien les suelte un agente de policía.

Esto no hubiera pasado en Esparta, donde era permitido robarlo todo menos los relojes.

Para los que gozan no existe el tiempo. Recuérdese

la piadosa leyenda del monje que pasó su vida oyendo el canto del ave del paraíso.

Que el tiempo no existe puede probarse metafísicamente, siempre que hagamos abstracción del que empleamos en probar este aserto.

¿Qué es el pasado? lo que no pasa ya. ¿Qué es el presente? lo que está pasando. ¿Qué es el porvenir? lo que pasará.

Pues si lo que fué no es, lo que es está dejando de ser al propio tiempo, y de lo que será no puede decirse que sea, ¿en dónde está el tiempo presente?

Yo conocí un filósofo que se murió queriendo investigar la causa de la vida: él me contó el cuento de la esfinge plantada en el sendero de las tumbas y abriendo el libro del porvenir a los muertos.

Pero voy a callar antes de que me digan *que estoy metafísico*. No quiero, como Enrique Heine, hacer nido en la peluca de los filósofos.

Suenan las doce. El año nuevo se entra por las puertas o por las ventanas con su cortejo de ninfas juguetonas. Las unas cubiertas con la careta de carnavales, las otras ceñidas con el cilicio de la santa semana; estas coronadas con las rosas de abril, aquellas mostrando las campanillas tristes que han recogido en el cementerio.

Mi vecina Laura, interesante joven a la que devora una pertinaz calentura, siente el tic-tac del reloj cercano y el repetido golpear de la campana.

¡Qué felicidad! Asoma el año nuevo.

Sobre el guarda-joyas brillan sus diamantes, cerca del piano entreabierto se ve su traje de raso blanco y su sombrero adornado de plumas y flores: ¡qué de triunfos para cuando luzca el sol! ¡qué de cuidados cuando amanezca!

Y amanece, y se escabullen los tristes sueños, y mi vecina, que está pálida como los nardos que perfuman su gabinete, se levanta trémula del lecho.

Las músicas que atruenan las calles, regalan sus oídos dulcemente; el volteo de las campanas ensancha su pecho destrozado por una tosecita pertinaz y fastidiosa.

La camarera alisa sus rubios cabellos y coloca sobre sus hombros el peinador blanco como el ampo de la nieve. Su novio ha de llegar aquel día de lejanas tierras y quiere mostrarse engalanada y hermosa.

Aún no ha concluido su tocado cuando el cartero llama a la puerta.

Presenta su tarjeta con filete de oro en señal de felicitación cumplida y entrega una carta voluminosa que ha cruzado el océano.

Mi pobre vecina se pone lívida y rompe la nema sollozando.

La misiva es un poema de amor en el que se han apurado todos los matices de la amargura y todas las galas del deseo; el nombre de la joven está repetido cien veces; la firma parece estar borrada por las lágrimas.

Hé aquí su última línea: *No puedo verte hasta el año próximo.*

La niña arroja lejos de sí los prendidos y las flores y pide a su camarera una taza de tisana.

Entretanto el sol se remonta, las músicas se acercan cada vez más: a las puertas de la casa resuenan los pífanos y las panderetas.

Todo parece que grita en torno: *tengan Vds. felices Pascuas.*

BENITO MAS Y PRAT.

Diciembre 1882.

EL REAL SITIO DEL PARDO

El Real sitio del Pardo es un gran parque de caza, propio de la Corona y situado al N. de Madrid, siguiendo el curso del Manzanares que lo atraviesa. Extiéndese desde las tapias de la Casa de Campo a la orilla derecha del río, por una parte, y desde las de la Moncloa ó Florida (hoy Escuela de Agricultura) a la izquierda, por otra, hasta el puente y cerro de Marmota (término de Colmenar Viejo), que se levanta ya en la misma base de la sierra del Guadarrama, y donde se despeña el Manzanares, este mismo Manzanares, que todos conocemos, tan liso y tan manso, formando una hirviente cascada de blancos y verdosos encajes.

En esta dirección, ó sea de N. a S., mide el Pardo una longitud aproximada de 20 kilómetros, por unos 14 de ancho, que viene a contar de E. a O.; 80 kilómetros de circunferencia y 200 kilómetros cuadrados en total.

Este hermosísimo parque, último resto casi, con la Viñuela, la Escorzonera de Remisa, el monte de Boadilla y algún otro manchón insignificante, de la espléndida selva que un tiempo rodeaba a Madrid y que el atraso, la preocupación y la ignorancia han ido talando y reduciendo hasta dejarla transformada en pobrísima tierra de pan llevar, ofrece todavía, gracias a haberse librado de las impru-

dencias de la desamortización, un admirable paisaje, donde el sombrío verdor de las encinas, la esmeralda de los pinos, la plateada seda de las retamas, las zarzas, jaras, rosales, espinos, sauces, fresnos, chopos y álamos blancos, cuyo pie alfombran con inagotable profusión el tomillo, el cantueso, el romero, la mejorana y otras olorosas labiadas, que huellan sin cesar gamos y conejos, forman una vista grandiosa, coronada por la vecina sierra con su cresta de nieve en el invierno, sus radiantes celajes en el verano, y en todo tiempo con su imponente masa y graves tintas.

Un poco más acá de la mitad de su longitud, y a la margen izquierda del río, se halla situado el palacio, rodeado por unas cuantas casas, las más de ellas con ese aspecto triste, ese color seco y esa suciedad y mal cuidado que son característicos de los pobres pueblos de Castilla, los menos risueños, pintorescos y aún *rurales*, si vale la expresión, de todo el orbe. Hasta la puerta de ese palacio llega una carretera, paralela al río por la margen dicha y que en el Puente de San Fernando (a 7 kilómetros de la Puerta del Sol) arranca de la general de la Coruña y brinda las más hermosas perspectivas en todo su trayecto: como si la Naturaleza, piadosa con el hombre, a pesar del dicho del poeta

so che natura è sorda
che miserar non sà,

se esforzase por compensar con su gallarda pompa y lozanía el miserable aspecto de las pobres casuchas, cuya proximidad y vasallaje sufre impertérrito el decaído alcázar.

Fué este edificado por Carlos V, de cuyo tiempo aún conserva parte de la fábrica, en especial el lienzo de Poniente, con su puerta y cinco lindas rejas, del estilo del Renacimiento, como otras cuatro de la fachada N. y los grandes escudos de las esquinas, con sus águilas y coronas imperiales. No subsiste, en lo exterior, mucho más que esto, por haberse quemado en 1604, pereciendo entonces, a lo que se dice, hermosos cuadros de Tiziano, Moro, Sanchez Coello y otros pintores de nota. El conjunto actual, reparado por Mora en el reinado de Felipe III y cuyo estilo, harto inferior, puede verse sobre todo en la fachada S. y en la cubierta del edificio, fué perfilado por Carlos III y presenta una masa de buenas proporciones—hijas del plano antiguo—mixta de castillo y palacio, circundada de un ancho foso y en todo lo demás insignificante. Un paso cubierto, que atraviesa el foso y la calle, pone al palacio en comunicación con la capilla, de gusto neo-clásico y más insignificante todavía.

Entremos por la puerta de Poniente, surmontada aún por la inscripción cesárea al uso de su fundador (*Imp. Caes. Car. V.*)—Tras del ancho vestíbulo, se abre un patio, que de los tres del palacio es el que más vestigios guarda del siglo XVI; y subiendo por la escalera de la derecha, se admira un hermoso retrato de D. Juan de Austria, por Ribera, cuadro al cual no suele dársele toda la importancia que merece, y que es el único interesante que queda hoy en la casa; sin ofender a dos cacerías en el estilo de Voss, algún retrato y otros dos lienzos modernos de historia, a cuyos distinguidos autores hace bastante mal servicio la compañía del de Ribera, colocado entre ambos.

Las salas del alcázar sólo ofrecen algún interés bajo el punto de vista del mobiliario y los tapices, salvo la pieza inmediata al salón principal, donde se conserva un techo pintado en el siglo XVI, quizá algo retocado después y ejecutado en el estilo clásico rafaelesco, si bien con cierto prurito de imitación arcáica. Las fajas que dividen los cuadros son muy curiosas. Los demás techos y algunos lienzos de pared pintados desde la época de Carlos III hasta la de Isabel II, son por extremo flojos; el mejor es el de Bayeu, en el salón cuadrado.

A igual tiempo y estilo, esto es, al neo-clásico, corresponden los muebles y tapices, así como los bronces y porcelanas de Sévres y el Retiro, y las arañas colgadas de las bóvedas. Casi todos los tapices y alfombras son de la fábrica de Madrid. Representan aquellos los asuntos de costumbre, diseñados por Goya y demás autores de la época, ó copiados de composiciones de Teniers, Vanloo y otros pintores flamencos y franceses; siendo de notar el cambio de estilo que los cuadros de estos últimos han sufrido (como los mismos tapices flamencos en las copias españolas del Palacio de Madrid) en manos del artífice, que en su telar ha sustituido los tonos vivos y un tanto agrios y falsos que caracterizan los vistosos productos de nuestras fábricas modernas, a los más neutros y blandos de los originales. Es curioso comparar con estos tapices los de otra procedencia; v. g. los de Dido y Eneas, que se encuentran en la primera sala, aun-

que no son de mucho mejor tiempo. Entre los modernos españoles, los pequeños paisajes parecen quizá los más finos. En cuanto á las alfombras, son como siempre superiores, verdaderamente régias.

Visten las paredes de otros cuartos y decoran en cortinajes y mamparas los huecos, sedas de Talavera, hermosísimas por su calidad, dibujo y entonación. Entre los muebles, pueden citarse los sillones barrocos de la sala segunda, todos los del gran salón, sencillos, clásicos y de damasco carmesí sobre armaduras blancas y doradas; el sillón del despacho; los sofás del 12.º salón; los bronce franceses de esta misma pieza, alguna araña y una ó dos mesitas. Las porcelanas son muchas, pero de poca importancia: la mayoría son pequeños bustos de biscuit y vasos dorados y pintados. El salón-teatro no merece la atención más pequeña.

En cuanto á muebles, no es, sin embargo, el palacio lo más interesante del Pardo; sino la *Casita del Príncipe*, pabellón erigido por Carlos IV á unos 300 metros del alcázar, hacia el N. sobre el camino de Colmenar, y dotado de un pequeño jardín. Es una de esas construcciones, eminentemente fastidiosas, de que el gusto dominante en las cortes á principios del siglo ha poblado nuestros sitios reales y áun las principales residencias campestres de los cortesanos de aquel tiempo. Pero, aparte de esto, no hay quizá en España otra colección de muebles neo-clásicos tan importante. En especial, el penúltimo gabinete, vestido de seda bordada con dibujos y sobrepuestos al modo de las decoraciones romanas y pompeyanas, presenta en sus lindas sillas y mesitas, los más elegantes y ricos ejemplares, superiores á los de otro gabinetito, forrado de raso blanco con las fábulas de Lafontaine bordadas en colores y que, á pesar de citarse como el *capo di lavoro* de la casa, es de bastante mal gusto. Las arañas son todas lujosas y muy características.

En estilo análogo, aunque mucho más modesto, se hallan arregladas otras dos casas de campo dentro de la régia posesión: la Quinta y la Zarzuela. La primera está situada al S. E. del alcázar y pueblo, á la orilla izquierda del Manzanares y en medio de un olivar, mezclado de viña; la segunda, famosa por haber dado nombre al género de obras lírico-dramáticas que todavía nos envenenan y reducida á la más humilde condición, se encuentra, por el contrario, al S. S. O., á la margen derecha del río y cerca ya del último cuartel, ó sea, plantío de los Infantes.—En una y otra casa, hoy desguarnecidas y punto ménos que abandonadas, se ven todavía figurillas y grupos de porcelana, probablemente del Retiro, muchos de ellos enteros y dignos de mejor suerte. La parte de monte desde el Palacio á la Zarzuela, es de las más pobladas de arbolado, junto con la del camino hacia la sierra y Marmota, formando los más pintorescos sitios de aquel hermoso paisaje.

Este paisaje, el retrato de Ribera, los muebles de la *Casita*, bien valen la pena del agradable y corto paseo que hay de Madrid al Pardo. Lo demás es de escasa importancia; pero cualquiera de esas tres cosas, cada una en su género, paga con creces la molestia que la gente muelle y perezosa—la que entre nosotros más se estila—necesita tomarse para verlas.

F. GINER DE LOS RIOS.

EL ENTIERRO DE UN VIOLIN

CUENTO INVEROSÍMIL

Allá por los años de 185... recorría las principales ciudades de Alemania dando conciertos con buena fortuna, un joven violinista que se hacía anunciar con el nombre de Martin Bogen, á quien muchos empezaban á señalar como el inmediato sucesor de Paganini. Su sola presencia interesaba en alto grado al auditorio: era su figura alta y escurrida; veíasele de ordinario envuelto en un paletó pardusco, nada garboso, pero admirablemente dominada toda su persona por una testa romántica, angulosa, de intenso y osado mirar, oscurecida por una cabellera aborascada y rebosante; y así por lo extraño y llamativo de su facha, como por su estilo fogoso y desigual, presentaba algunos puntos de semejanza con aquel artista extraordinario, que, cual un duende de la música, había cruzado la Europa, poniendo en conmoción á los espíritus algo dados á lo excepcional y maravilloso, y aun infundiendo pavor á las gentes timoratas y meticulosas.

Ya queda dicho que Bogen era joven, muy joven: no contaba más allá de veinticinco años. A esta edad cuesta poco ser feliz, sobre todo cuando la suerte empieza á mostrarse propicia. Bogen, que en sus mocedades había conocido todo linaje de privaciones y penurias, se consideraba ya comple-

tamente dichoso, y el mudable viento de la fortuna, vuelto ahora en su favor, se complacía en llenarle las velas del deseo. Casado hacía pocos meses con una mujer que le adoraba tanto como él á ella, mujer guardosa y diligente en el gobierno del hogar, vivían contentos, aun en medio de esas penalidades que suelen acompañar á los artistas en sus primeros pasos, y muchas veces en los primeros y en los últimos. Ganar gloria y laureles no es ganar dinero, y como el porvenir de nuestro novel concertista se cifraba en sus correrías artísticas, la continua necesidad de viajar consumía una buena parte del producto de su trabajo.—«Pero, qué diantre!—solía decir á su mujer.—En el poco tiempo que llevo de vida artística no puedo quejarme de mi fortuna. No bien me veo libre de una contrata, se me ofrece otra; mi nombre empieza á correr en boca de todos, y á este andar ántes de algunos años podré imponer condiciones, en vez de aceptar las que me propongan. Lo primero es darse á conocer.»

Un día, una niña rubia como las mieses que dora el sol del Mediodía, vino á iluminar con los angelicales destellos de su inocencia aquel hogar venturoso. Pero la salud de la joven madre quedó de las resultas tan hondamente quebrantada, que la pobre tuvo que guardar cama por espacio de algunos días. Bogen no se separaba un momento de la cabeza de su esposa, pasando días y noches sin plegar los ojos; y tuvo que rehusar proposiciones muy ventajosas que se le hicieron para presentarse en una importante capital. La enferma iba empeorando rápidamente, y el artista, al fin y al cabo, no podía dejar de subvenir á sus crecientes necesidades. Resolvió dar un concierto. Precisamente el día anunciado, Carlota estaba, al parecer, algo aliviada. Bogen se dirigió al teatro con el corazón lleno de ansiedad: estaba nervioso, y de su violín saltaban notas acres y enérgicas como chispas inflamadas. El público se sintió fascinado por aquella ejecución nueva y subyugadora; y acabado que fué el concierto, aguardó al artista á la salida del teatro, para acompañarle con vítores y aplausos hasta su morada. Pero Bogen no veía nada, y así como llegaron á su casa, se desprendió de sus admiradores y subió desalado al cuarto de su mujer... Carlota estaba agonizando: habíale sobrevenido una crisis funesta, y pocos momentos después espiraba en los brazos de Bogen. Y en aquel trance supremo de dolor, cuando el artista sin ventura se abrazaba frenético á aquel cuerpo tibio aún, y lo besaba locamente en los labios, como para recoger el último hálito de vida, hasta aquella modesta alcoba, apenas alumbrada por la claridad mortecina de una vela, llegaba como un eco lejano el clamoreo entusiasta de la muchedumbre, que desde la calle quería saludar al nuevo artista.

Éste quedó al pronto sumido en un dolor paroxístico que le mantuvo alejado por algún tiempo del teatro y de los salones. Pero había un sér que aun le encadenaba á la existencia: aquella niña rubia y pálida, que había recibido el mismo nombre que su madre, y que presentaba con ella, ó á lo ménos se lo figuraba así el bueno de Bogen, una semejanza física prodigiosa. Él, que había venido al mundo sin padres conocidos, que acababa de perder en su esposa el amor único de toda su vida, concentró en la tierna niña una adoración desatentada, ciega y exclusiva.

Tomó una buena nodriza, y á pesar de que esto encarecía y complicaba su vida, hizo que ama y niña le siguieran á todas partes. Volvió á exhibirse, y á recoger aplausos, y á acrecentar su fama. Nada quería para sí de las glorias del mundo; todo había de ser para la niña idolatrada. A veces se encerraba á solas con su Carlotella para llorar con el recuerdo de su esposa; otras trataba de adormecerla con improvisaciones tristes y plañideras que brotaban de su instrumento, melodías hijas del corazón, que el mundo no debía conocer. Y cuando alguna vez por efecto de un fenómeno nervioso raro, la niña se acuitaba y afligía al oír los sonidos del violín, Bogen se pasaba días enteros sin estudiar, embebecido y absorto en esa adoración sin límites.

Carlotta tendria ya siete ú ocho meses, y los asuntos de Bogen seguían al par de sus deseos. Pero ese período de calma no había de ser duradero: la niña enfermó, primero levemente, después agravándose hasta llegar á inspirar serios temores. Es imposible describir la desesperación, ó más bien la rabia que se apoderó de Bogen á la idea de perder el último puñado de dicha que en este mundo le quedaba. Y ¿quién iría á quitársela? ¿Con qué derecho? A Carlota, al fin y al cabo, la había recibido del mundo, y éste podía reclamársela; pero aquella niña, aquel ángel inocente era suyo, le pertenecía desde que nació, era el fruto de un amor santo y desventurado; ¿cómo privarle de su único tesoro?

Más de un mes estuvo la niña luchando entre la vida y la muerte. Tuvo unos días de mejoría. Bogen, que se aferraba á la esperanza como á su única salvación, vió el cielo abierto; y con el fin de ir allegando recursos, anunció un concierto para la próxima semana en el teatro Granducal, con asistencia de la Corte.

Pero la niña tuvo una recaída, y la víspera del mismo día del concierto, en medio de un acceso de fiebre devoradora voló á la región luminosa donde viven los ángeles. Bogen quedó esta vez como entontecido: sólo cuando al caer de la tarde se presentaron el empresario y un gentil-hombre de palacio para ultimar algunos detalles referentes á la función, volvió á la realidad de la vida. Entonces le encontraron junto al lecho de su hija, tocando, poseído de un arrebato de insensatez, arpeggios y acordes estridentes, como si quisiera galvanizar con ellos aquel cadáver adorado. En la estancia reinaba el mayor desorden; sobre una silla un ataúd de madera sencillísimo, y en el suelo entre un revoltijo de papeles de música, la caja-estuche del violín, una de esas cajas que, por una coincidencia singular, semejan con tanta verdad en forma y dimensiones un ataúd de niño.

Bogen contestó resueltamente que no daba el concierto. Pero había gravísimas dificultades para suspenderlo: de una parte la etiqueta rígida é inflexible de las cortes alemanas; de otra el público ya prevenido que había tomado casi todos los billetes. Tanto insistieron y tanto porfaron los dos interlocutores, que Bogen cedió; no sabemos si por un impulso de energía ó por un acto de debilidad; cedió tal vez con resignación suicida, resuelto á presentarse en el teatro, y aceptar el reto que el mundo le dirigía, para legar á ese mundo sin entrañas con las postreras inspiraciones de su genio, el testamento desgarrador de sus ilusiones perdidas.

El primer cuidado del empresario fué llevarse á Bogen á su propia casa, situada no lejos del teatro. Importaba en gran manera evitar que el atribulado artista presenciase las últimas tareas de los operarios de la muerte: Bogen no tenía ya voluntad propia y se dejó llevar como un niño.

Aquella misma noche unas piadosas mujeres pusieron en orden la habitación, vistieron el cuerpecito helado de Carlota, colocaronle en el ataúd, y á la mañana siguiente dos hombres vestidos de negro se llevaron la corporal envoltura de aquel ángel.... Por la noche, su padre debía presentarse á un auditorio nuevo. La vida pública tiene á menudo ocurrencias inhumanas.

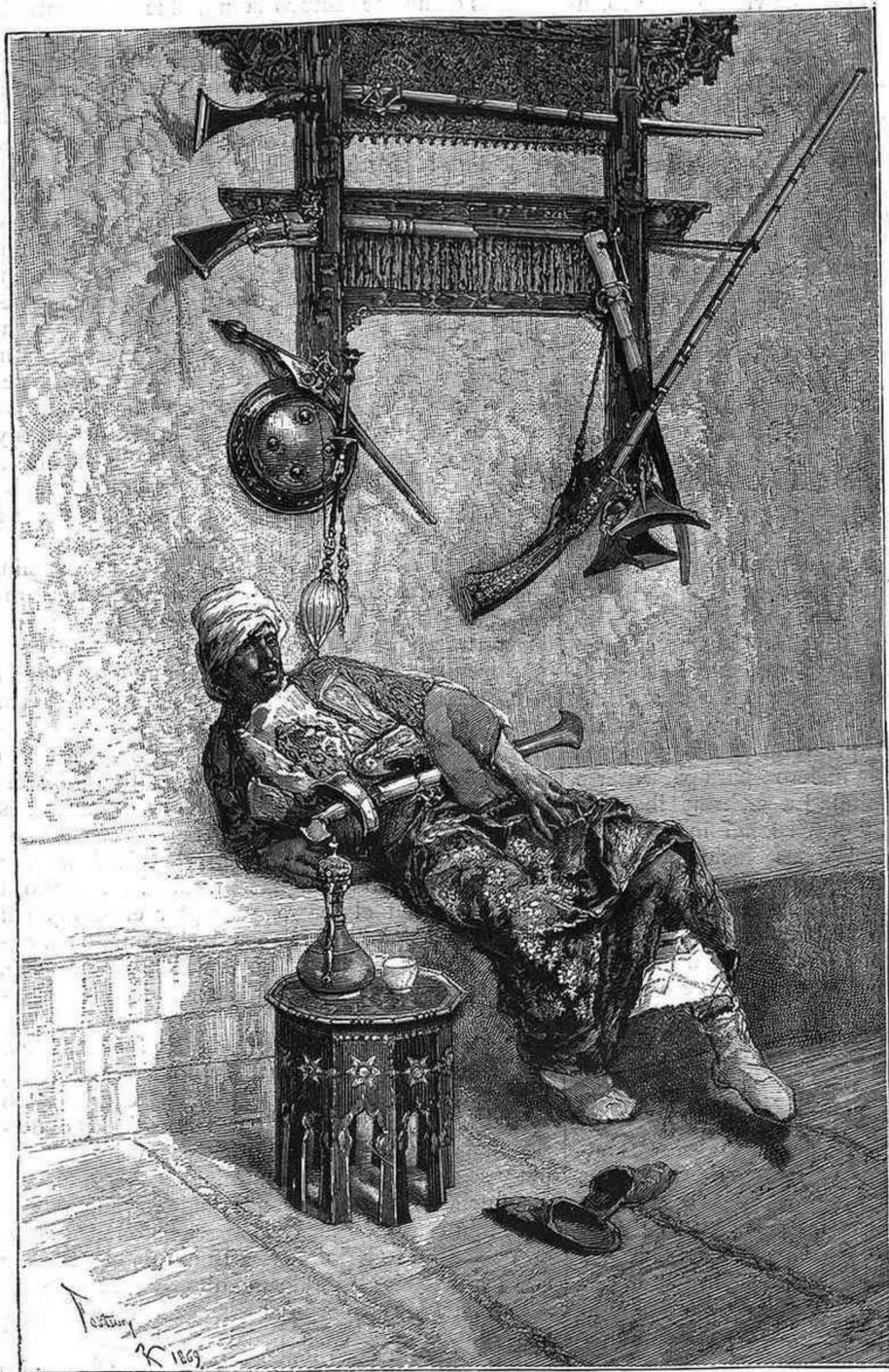
El teatro empieza á llenarse de un público ansioso y aguijoneado de febril curiosidad. Pero llega la hora anunciada; pasan cinco minutos, pasan diez, todo el mundo está ya acomodado en sus asientos y nada parece indicar que se dé principio al concierto.

¿Qué ocurría? En el momento de ir á empezar, echó de ver el empresario que con el agobio de los últimos preparativos nadie se había acordado de traer el violín del concertista. Despachó en seguida un mozo á la casa de éste, con orden de traer volando el instrumento.

Pero los espectadores empiezan á mirarse sorprendidos: la Corte se escandaliza de aquella tardanza; era un caso inaudito en los anales del teatro Granducal... Por fin se levanta el telón; allí, sobre una mesa, está, metido en su caja, el violín mágico. Bogen se presenta con ese aire arrogante y confiado del que ya no quiere nada del mundo: el público, á su vez, le recibe con un sordo murmullo de mal contenida impaciencia, que el artista oye sin inmutarse. Se acerca con paso firme á la mesa, abre la caja, y en este momento, al ir á sacar de ella el violín, levanta la cabeza con una mirada extraviada, y después de tambalearse breves segundos, cae desplomado al suelo, como herido de una centella. Al acudir presurosos los asistentes de la escena, mientras unos auxilian á Bogen accidentado, reparan otros con horror que lo que encierra la caja es el cuerpo inanimado de la niña rubia, con su vestido blanco y algunas flores mustias ya, y sin aroma.

Aquellas buenas mujeres encargadas de vestir á la niña y arreglar la cámara mortuoria, colocaron, por un error deplorable, el violín en el ataúd destinado á Carlota, encerrando el cadáver de ésta en la caja del instrumento. Desde ese día, Bogen no empuñó el arco una sola vez; y si alguno le instaba para que volviese á la vida de concertista, contestaba con amarga sonrisa:—No puede ser. ¿No ve V. que han enterrado mi violín?

JOAQUIN MARSILLACH



UN MORO DE TANGER, por Fortuny

NOTICIAS GEOGRÁFICAS

LA CIUDAD DE SAN PETERSBURGO.—Segun el *Anuario estadístico de San Petersburgo*, la superficie ocupada actualmente por esta capital es de 22.896,751 saganas cuadradas; 19.107,453 corresponden á la tierra firme, y 3.789,298 constituyen el espacio cubierto de agua. Del censo de 1881 resulta que la poblacion ascendia en este año á 861.920 habitantes; en 1869 sólo se contaban 667,963; de modo que el aumento ha sido de 193,957 en un período de doce años.

* *

LA EXPLORACION DE M. WIENER AL RIO NAPO.—Para que se vea hasta qué punto puede llegar la audacia de algunos hombres que, ansiosos de ocupar elevados puestos ó de adquirir celebridad, no temen usurpar glorias ajenas, sin que les arredre el ridículo en que deben caer forzosamente cuando se descubra su engaño, véase la carta que el señor Luigi Pozzi, misionero apostólico en Napo (República del Ecuador), dirige al Rdo. Padre T... residente en Paris. En ese curioso documento, despues de dar cuenta de la favorable acogida que se dispuso á M. Wiener, vice-cónsul de Francia en Guayaquil, y de las atenciones de que fué objeto por parte de los padres misioneros del Colegio de Quito, á quienes dicho señor manifestó que se proponia emprender una exploracion por las regiones del rio Napo, el autor de la carta hace las siguientes observaciones:

«M. Wiener, á quien no hemos vuelto á ver desde que se presentó en nuestro Colegio á fin de obtener informes para emprender una expedicion científica, ha escrito el relato de su viaje y lo ha enviado á la Sociedad de Geografía de Francia. Yo mismo he leído un artículo sobre el particular en la *Ilustracion Hispano-Americana*, en el cual se dice lo siguiente:

1.º Que ha sido uno de los primeros que fueron desde Quito al Napo. Debo advertir que todos los años, 400 personas al ménos, indios y blancos, recorren ese trayecto desde hace dos siglos, siguiendo el mismo camino que los indígenas indicaron á M. Wiener; y que los PP. Misioneros emprenden este viaje continuamente.

2.º M. Wiener habla de las enfermedades y de las defunciones de algunos de los que le acompañaban. Todo esto es mentira.

He visto en el mismo periódico un grabado que re-

presenta á Mr. Wiener franqueando un puente sobre el rio Napo. *Risum teneatis, amici!* Ni ese viajero, ni ninguna otra persona cruzaron jamás dicho rio por un puente, ni tampoco es necesario, porque no falta barca para pasar.

3.º El supuesto viajero, termina diciendo que *ha descubierto* que el rio Napo es navegable hasta el Amazonas; y el articulista añade:

Por el intrépido M. Wiener, sabemos al fin que la República del Ecuador se puede comunicar directamente con Europa por el Océano Atlántico.

Nó sé verdaderamente qué admirar más, si el descaro de M. Wiener ó la ignorancia del periodista, y de cuantos hayan creído que era nuevo descubrimiento, una cosa que, mucho antes de nacer el famoso descubridor Wiener, era conocida de todos los muchachos que en el Ecuador frecuentan las escuelas. En la Geografía del Dr. Villavicencio, impresa en la América del Norte en 1848, y que sirve de libro elemental para aquellas, léese, en efecto, que «desde el Ecuador se puede ir á Europa por la vía acuática sin doblar el cabo de Hornos, por el rio Napo, que es navegable en canoa, y hasta en balsa, desde el pié de la Cordillera

de los Andes hasta su desembocadura en el Amazonas.»

Mi objeto al dirigir á V. esta carta, Rdo. Padre, no es demostrarle de qué modo Mr. Wiener, al dar noticias geográficas sobre su viaje, ha querido hacer creer que las vejigas son linternas, sino darle á conocer el ruin corazon y menguados sentimientos de un hombre que despues de haber recibido de los Padres Misioneros numerosos favores y obsequios, ha tenido el valor, por vía de agradeci-

miento, de calumniarlos indignamente en un artículo del *Universo*, si es verdad lo que se dice.»

Este artículo está tomado de la acreditada Revista francesa *La Exploracion*, correspondiente al mes de noviembre último, y por lo tanto declinamos en ella toda la responsabilidad de las inexactitudes que pudiese haber en las anteriores afirmaciones.

* *

LAS POSESIONES PORTUGUESAS EN AFRICA.—El último número del Boletín de la Sociedad de geografía de Lisboa contiene un documento del más alto interés relativo al patronato de Portugal en Africa. Es una memoria redactada por el secretario de dicha Sociedad, en la cual se afirma que los derechos de Portugal están consagrados desde el siglo XVI, y definidos por el concilio de Trento; reconocieronse por las bulas de 1472 (Sixto IV) de 1514 y 1516 (Leon X), y por la declaracion de 1577 (Gregorio XIII).

La cuestion del patronato secular de Portugal se halla determinada históricamente. El papa Paulo IV declaró de una manera terminante que este derecho es positivo, justo y riguroso; en todas las bulas pontificias publicadas desde 1550 á 1719 se repite que el patronato portugués en Africa es perpétuo y no podria derogarse ni sufrir cambios bajo ningun pretexto, sin el asentimiento ó la sancion de Portugal.

La ocupacion ó el dominio efectivo, directo y permanente ha sido, ó es una condicion del ejercicio, del derecho ó de la vigilancia del patronato, independientemente del dominio y del derecho de soberania temporal.

Portugal posee en Africa las diócesis de Funchal (bula de Leon X, de 1514), del Cabo Verde (Clemente VII, 1536), de Santo Tomé (Paulo III, 1534), de Angola y del Congo (Clemente VIII, 1596) y de Mozambique (1612). (*Gaceta de Portugal*)

* *

POBLACION DE SUIZA.—De los 2.846,100 habitantes que este país contiene, 2.635,000 son suizos, y 211,000 extranjeros: 1.667,100 profesan la religion protestante; 1.160,782 la católica; 7,300 son israelitas, y 10,838 pertenecen á diversas sectas: 2.030,700 hablan el alemán; 608,000 el francés; 161,900 el italiano, y 38,705 el romanche.

* *

EL CANAL DE SIRHIND.—El virey de las Indias acaba de presidir el acto de apertura del canal de Sirhind, cuya terminacion es un hecho de gran importancia para el Pundjab, y hasta para todo el país. Este canal, el más considerable de todo el mundo, está destinado al riego de 1,200 millas cuadradas; su longitud es de 500, á las cuales se deben agregar otras 2,000 de canales de segundo orden para regar todo el Pundjab. Las dificultades inherentes al riego de aquel suelo abrasador han sido considerables, sobre todo para hacer llegar las aguas al rio Sutlej.

* *

La costumbre de aplicar nombres iguales á diferentes lugares ha sido y sigue siendo causa de disgustos y contratiempos, lo cual sucede con más frecuencia que en otra parte en la América del Norte.

Al terminar allí la guerra de la Independencia, los yan-



Objetos de cerámica de estilo antiguo.

kees creyeron justo y patriótico dar á las poblaciones que fundaban los nombres de los héroes de aquella lucha; mas por desgracia el número de estos no bastaba para designar todas las ciudades nacientes. Hé aquí porqué hay 27 condados y 150 aldeas, villas y ciudades que se llaman Washington, sin contar los Washington Hall, Washingtonville, Washington Lake, Washington River.

Lo propio sucede con los Franklin, Jefferson, Madison, etc., así como con los nombres de poetas y otros personajes célebres, habiendo 37 Milton, 3 Miltonville, 1 Miltonsburg, y con los de las ciudades antiguas ó modernas, por ejemplo, 22 Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON